

JACARANDA

Por: Carlos Villamarín Escudero

CAPÍTULO UNO

Sombras en el panorama

Jacaranda no alcanzaba a comprender lo que estaba sucediéndole. Lo único que podía distinguir era una danza de confusas sombras que no cesaban de moverse cual follaje estremecido por la brisa. Pero, al contrario de lo que ocurre con el tremolar del ramaje, los movimientos de aquellas sombras no producían la menor señal audible. O ¿es qué se había vuelto sorda? Posiblemente. Porque el desplazamiento de un cuerpo, por liviano que fuese, deja una estela de sonido. ¡Vaya extraña circunstancia! Mas de pronto sonrió íntimamente, reflexionando en que las sombras, debido a su condición intangible, no podían ser más silentes. “Pero ¿de dónde provenían ellas?” —Cavilaba intrigada.

De pronto y sin transición se desvaneció el velo que nublaba su campo visual, permitiéndole distinguir con claridad meridiana lo que hasta entonces no había sido más que insinuaciones de imágenes. Simultáneamente, como absorbida por la nada, se extinguió también la barrera del silencio, reemplazándola con una dispersión de ondas sonoras que inundó el ámbito. Y lo que Jacaranda pudo ver y oír no fue precisamente como para nutrirle de tranquilidad ni cifrar su esperanza en hermosas perspectivas ulteriores. El corto lapso que pudo observar el escenario circundante fue suficiente para mostrarle en toda su intensidad la real situación por la cual atravesaba.

Descubrió entonces que se hallaba en una sala de blancura aséptica, de cuyo techo colgaban grandes luminarias que bañaban en su potente luz a varias personas, vestidas de verde, inclinadas en preocupada actitud sobre una mesa de cirugía. Y ocupando la mesa de cirugía y concitando la atención de los cirujanos, se veía a sí misma, exánime y poco menos que un cadáver. Acababa de darse cuenta que se encontraba en un quirófano y que era objeto de una intervención quirúrgica.

Y como para fortalecer la certeza de semejante descubrimiento, uno de los personajes situados en torno de la mesa de cirugía, sin poder superar

del todo las limitaciones que le imponía la mascarilla que le cubría boca y nariz, profirió con voz nasal:

—¡Increíble, vuelven los signos vitales de la paciente! De mantener esta respuesta, es posible abrigar fundadas esperanzas.

Todo el personal, que conformaba el equipo de cirugía, tenía centrada la atención en el gráfico que deslizaba rítmicamente sobre la pantalla del electrocardiógrafo. En sus miradas irradiaba un destello de ansiosa satisfacción que describía la complacencia del milagro que estaba produciéndose. Resulta claro que, hasta poco antes, los cirujanos habían visto todo perdido.

Jacaranda, si bien presentía que su salud se hallaba afectada gravemente, su percepción no alcanzaba a entrever su motivo. El estado de insensibilidad, que atravesaba, era tal que no le permitía, guiándose por dolor, detectar la naturaleza de la afección ni dónde se hubiera enseñoreado ésta. Por tanto, conjeturó que le había sido extirpada su facultad sensorial. Sin embargo, como para acrecentar la perplejidad que experimentara, no tardó en darse cuenta que su anómala situación no se había limitado únicamente a despojarle de sus capacidades somáticas, sino también, como una especie de compensación, había suministrado al área psíquica una sensibilidad asombrosa. Ya que notó de inmediato que la mente se manifestaba ahora con una diafanidad y un alcance extraordinarios. Lo tenía presente que antes, jamás le había sido posible elaborar las ideas o rescatar los recuerdos con la fluidez y precisión que ahora lo conseguía.

Salvo los recuerdos inmediatos, que se habían desvanecido sin dejar rastro, todos los demás afloraban a su mente, frescos y palpitantes de energía, como si hubiesen sido capturados en una película de alta resolución y proyectados en pantalla gigante. Las remembranzas de todos los sucesos que abarcaran su vida, se hallaban dispuestas a ser recreadas, con absoluta nitidez, en cuanto se las aplicase el menor estímulo. Y Jacaranda, sintiéndose de pronto fascinada por la magia de estas escenas, no pudo substraerse al impulso de contemplarlas, proveyéndoles de ropaje a todos los actos que protagonizara ella a lo largo de su existencia.

No obstante, la protagonista de esta “película” recreada por ella y para ella, como su exclusiva espectadora, no siempre se daría por bien ganada contemplándola nada más desde un ángulo fijo y estático. A menudo cederá al estímulo de interactuar con los personajes vinculados a sus recuerdos, con su participación ajustada estrictamente a los sucesos vividos. Por lo demás, esta variación en la forma de seguir la marcha de las remembranzas recreadas, en nada pudo alterar el desarrollo de esta historia, porque la historia no puede sufrir alteraciones una vez que sus elementos

hubiesen sido plasmados. Manipularla desde el futuro, aparentemente, puede disfrazar su aspecto, pero jamás conseguirá afectar su fondo.

De ahí que la paciente, con la concentración puesta en ese arcón de tesoros llamados recuerdos, hiciera caso omiso a los detalles periféricos. Por tanto, cuando uno de los galenos advirtió a viva voz que el gráfico deslizante del electrocardiógrafo se detenía, ni siquiera les concedió un ápice de atención a quienes luchaban a brazo partido por arrebatarse a la parca las tijeras con que amagaban cortar el hilo de su vida. Y la posibilidad de que en breve habría de abordar la barca de Caronte que le conduciría a través del Estigio, o bien no lo intuyó o bien lo tenía sin cuidado.

CAPÍTULO DOS

Recordar es volver a vivir

De pronto se vio Jacaranda enfrente de un sugestivo escenario adonde concurrían flamantes, como si acabaran de producirse, los recuerdos acumulados en todo el trayecto de su vida. Sintiéndose acariciada en el alma se dijo que recordar era volver a vivir.

Advirtió de repente que su anatomía de persona adulta se reducía hasta detenerse en el tamaño de la de un niño de pecho. Se hallaba vestida de satén rosado y encajes que le adornaban de la cabeza a los pies y, bañada por el llanto, era transportada en brazos de una mujer desconocida y fea, impregnada de un aroma extraño y molesto. La aromada mujer se hallaba empeñada en ganar su afecto o al menos arrancarle una sonrisa a base de carantoñas y runruneos cacofónicos similares a los de un gato. Pero lo único que conseguía ella con semejante táctica era hacerle berrear con mayor energía de la que hasta entonces lo hiciera. Luego, tras haberle despojado de la gorra sin la menor consideración, fue presentada a un hombre de adusto semblante, quien le hizo saltar de susto al echarle un cuenco de agua fría en la cabeza.

—¡Jacaranda, yo te bautizo en el nombre del padre, ...! —le oyó decir al hombre de adusto semblante.

Esta desagradable escena, que más tarde sabría que consistió su bautizo, se mantendría viva en la memoria, no sólo por la impresión causada en ella, sino también porque los protagonistas de aquel suceso frecuentarían su casa durante muchos años. A la mujer la llamaría “madrina Sara” y “padre Alonso” al hombre de hosca fisonomía. Estas personas, ajenas en consanguinidad, pero intrínsecas por afinidad espiritual, estarían durante su

existencia, sobre todo en la niñez y la adolescencia, muy unidas a ella. Leales y afectuosos, dispuestos siempre a comprender su talante soñador, serían su apoyo.

Si bien, todos los recuerdos que se habían ido acumulándose se mostraban diáfanos, no quiso detenerse demasiado tiempo en la época de su infancia, no obstante que de allí provenían sus más cautivadoras remembranzas. Muchas veces, ya mayor, se había divertido evocando los instantes gratos que disfrutó con sus muñecas, especialmente con *Marilinda*, la muñeca de lengua y áurea guedeja, ojos garzos y labios de rubí, obsequio de madrina Sara. También figuraba *Monigote* entre sus juguetes predilectos, el payasito narigón con el cual apareciera cierta mañana padre Alonso. Era una verdadera preciosidad y estaba elaborado íntegramente de trapo. Al entregarlo le había dicho el cura: “*Niña, me gustaría que contaras en el número de tus amiguitos este monigote*”. Jacaranda lo acogió placentera. Por lo demás, le pareció bien que se llamara como lo había designado el sacerdote y no se molestó en buscarle otro nombre.

Sin duda que le fue enteramente feliz aquella época, pero una vez analizada con criterio formado y al margen de sentimentalismos, se le antojó siempre incolora e insípida. Detestaba rememorar su primera infancia y ahora menos que nunca. La etapa escolar, aunque no siempre le había sido color de rosa, le resultaba mucho más sugestiva y evocadora. Fue en realidad ahí cuando se sintió de lleno inmersa en la vida, en ese lapso pletórico de ensueños, que difiere en mucho de aquel cúmulo de vicisitudes al cual se ve enfrentado el ser humano durante el período maduro de su existencia. Las experiencias que pincelaron el albor de su vida y coadyuvaron a modelar su espíritu las contrajo allí. Fue entonces cuando vislumbrara por vez primera su camino, alfombrado de fúlgidas y aromadas flores, serpentear las rosadas cumbres de lontananza. “*¡Oh vida, soy toda tuya!*” profirió alborozada.

Con momentos más de alegría que de tristeza, y con evaluaciones docentes destacadas, vio terminada la instrucción primaria. Acababa, pues, de conquistar un sitio de excelencia entre las niñas del villorrio, que casi siempre se retiraban a partir del grado tercero. Porque según el criterio generalizado de sus coterráneos, para unirse más tarde a un inmigrante de vuelta temporalmente al terruño, no precisaban de mayor instrucción. En cambio, los padres de Jacaranda, adversos a esta opinión descabellada, por una parte y, por otra, conscientes de la capacidad intelectual y la voluntad de superación que le distinguía a su hija, fundaban la esperanza en poder matricularla en el colegio de señoritas Santa Mónica. Esta prestigiosa

institución docente, para mayor conveniencia, se situaba en la pequeña ciudad de El Vergel, cabecera cantonal de la circunscripción a la cual pertenecía su caserío, denominado Bonanza. Y como se suele decir: el querer es poder, afortunadamente lo consiguieron.

—¡Gracias a Dios —recordaba a su padre, Reinaldo Bueno, ufanarse al respecto—, mi hija se educará como lo hiciera la madre de ella y, una vez en disfrute de una profesión respetable, podrá ser útil a la Patria, además de constituir un referente de prestigio para la familia! Estoy seguro de que, esforzándose cada día por incrementar su horizonte cultural, no le será difícil destacarse en la sociedad. Entonces no le hará falta entregarse a un aventurero procedente de Estados Unidos, en plan de regalarse con unas excitantes e inolvidables vacaciones en la tierra que la abandonó ignominiosamente. Y si se ha de casar, que sea con alguien unido en alma, vida y corazón al terruño, que jamás conciba la tentación de poner en riesgo la felicidad del hogar impelido por la ambición de verse convertido, de la mañana a la tarde, en un opulento ciudadano a costa de cruzar el Río Bravo para venderse como esclavo. Y tendrá amada y respetada por él hasta cuando la muerte los separe.

Más tarde, cuando empezó a descubrir los intrincados caminos de la vida, entendió que no le faltaba razón a su padre para mostrarse preocupado por el futuro de su única hija. Ejemplos sobaban de la suerte corrida por infinidad de chicas de la comarca, que, por frivolidad o presunción más que por la necesidad de solucionar su situación económica, no ponían reparo en entregarse al primer *mojado* de visita que se les presentase. Porque ante un hombre presumiblemente forrado en billetes gringos, les parecía exiguo el poner en juego lo único que tenían: su dignidad de mujer. Y, como quien se fía del azar tiene iguales posibilidades de ganar o de perder, no era nada raro que la imprudente terminara defraudada.

Vinculada por el deleznable lazo de indignas conveniencias, permanecerá apenas escasos meses junto a su marido, compartiendo desaforada la pasión de un incendiario amor. Sin embargo, ese reducido lapso le será más que suficiente para acostumbrarse a la buena vida, buena vida que después se constituirá en óbice para aceptar con resignación la nada halagüeña realidad que le espera. Porque el traer al mundo un hijo que posiblemente nunca conocerá a su padre, no le hará la menor gracia a la futura madre. Al arribar a esta nefasta situación, reflexiona tardíamente que más le hubiera valido no haber tenido la ocurrencia de querer picar tan alto. Que el compañero de su efímera vida conyugal, ahora confundido en la ignota bruma de la distancia, le asistiera regularmente con un envío de carácter monetario para la manutención del hogar, de modo alguno podrá

extirpar el tedio devenido de un largo y penoso abandono al cual le sometiera. Ni siquiera el esfuerzo de hacerle construir una morada con aires de mansión palaciega, provista de columnas jónicas y friso al estilo del Partenón, elaborados en reluciente y fino mármol, constituirá suficiente paliativo para mitigar su ansiedad, lindante en el frenesí, que le enardece la sangre en sus interminables noches de soledad. Ciertamente, ninguna tortura podría compararse con la ominosa soledad sufrida por una joven mujer que sueña noche tras noche con ser amada intensamente. Entonces, impotente para continuar siendo víctima propiciatoria del suplicio del desamparo, verá en la infidelidad la alternativa.

Desde luego que para Reinaldo, su padre, carecía de fundamento el prurito de la inmigración sentida por sus paisanos, ya que él, sin apartarse un solo metro del Valle de Yunguilla, si bien no había conseguido construir un palacete ni adquirir un automóvil de lujo, poseía un patrimonio, comprendido en tierras fértiles, que le permitía vivir sin estrechez y en armonía con la decencia.

Pues él, una vez que hubiera cumplido con el servicio militar obligatorio, y sin la posibilidad de poder continuar con sus estudios interrumpidos por el desempeño del deber referido, sin abrigar por un instante la tentación de ir en pos de aventuras inciertas, determinó diseñar un futuro digno para sí, basándose en el criterio de no abandonar el terruño. Por tanto, fiel a su propósito, buscó la oportunidad de poder laborar en la misma circunscripción de Yunguilla. Decisivamente, la suerte le sonrió y pronto se empleó como labrador en la finca El Rodeo, vasta y fértil propiedad de doña Rosa Montero viuda de Mena y de Bermeo, en su orden.

El ahínco y la responsabilidad que aplicara en el ejercicio del deber a él encomendado, le valió para conquistar el afecto y el reconocimiento de su patrona, quien, en reciproca correspondencia, y sin pensar dos veces, le promovió a la función de capataz. Las cosas no podían ser mejores para el joven Bueno, que no dejaba de loar a su buena estrella. Pero sucede, a veces, que un cielo abierto y pintado de azul, que no promete sino un luminoso día, sin previo aviso es invadido por oscuros nubarrones. Pues algo similar fue lo que acaeció con el empleo de Reinaldo. Ocurrió un día de Semana Santa, mejor dicho, una noche de ella, cuando la vigorosa propietaria de la hacienda El Rodeo se acostó para no despertar jamás. Era mujer aún joven, no experimentaba dolencias, no adolecía de enfermedad alguna, sin embargo, falleció cuando menos lo esperaba.

Los herederos, una dama y un caballero, que no pensaban sino en administrar la finca a su gusto y sabor, desestimando las decisiones de su interfecta madre, también sin pensar dos veces, destituyeron ipso facto al

flamante capataz. Por cierto, tan cicateros se comportaron los nuevos propietarios con el ex empleado, que se negaron a pagar el salario de todo un mes, que, dicho sea de paso, era el todo el tiempo que trabajara éste en El Rodeo.

A Reinaldo de ningún modo le arredró esta acechanza tendida por la fatalidad y, más bien, tomándola como una rémora sin transcendencia en el largo y difícil camino que se había impuesto a emprender con el fin de labrar la felicidad de su porvenir, continuó adelante lleno de optimismo.

Así pues, luego de probar suerte aquí y allá, finalmente se ubicó él en el recinto de Bonanza, como aparcero del chaso Mondragón, donde años después se convertiría en propietario de una parcela provista de labrantíos y árboles frutales. Más tarde, lleno de entusiasmo, edificaría allí una acogedora casita, ornamentándola con un gracioso estanque, alimentado con parte del cercano manantial, que discurría dejando oír su alegre sonsonete, y la presencia de frondosas y majestuosos jacarandas. *“A quien no le arredra el enfrentarse a las faenas del campo, incluso en condición de asalariado, aparcero o precarista, la posibilidad de poder edificar un porvenir próspero nunca lo está vedado —comentaba su sensato padre, dando por bien ganado el haberse quedado en su terruño—. Por tanto, ¿qué sentido tiene el viajar a tierras extranjeras, donde un sudamericano no es considerado mejor que un animal de carga?”*

Ciertamente, a su padre le iba de perlas en todo lo que emprendía. También en el momento de elegir esposa no le pudo ir mejor. Soslayando a las jóvenes del contorno que, por conocer los hábitos y costumbres de ellas, podían ofrecer mayores posibilidades de estabilidad en el hogar, prefirió cortejar a una ilustre desconocida, de quien apenas sabía su nombre. Con todo, tuvo éxito.

Por otra parte, la diferencia social entre ambos, que recién en el transcurso del noviazgo quedó establecida, no fue óbice en aquella relación amorosa sin término de caducidad. La dama aceptó casarse con él. Y, por supuesto, el matrimonio fue bendecido por la felicidad.

Pero ¿de quién se trataba aquella ilustre desconocida que accedió a casarse con un *yunguillese* igual de desconocido? Pues nada menos que de una dama riobambeña de nombre Alicia Escudero, quien unos meses antes había obtenido el diploma de licenciada en Historia Universal, otorgado por una universidad de la Sultana de los Andes. También es necesario señalar que Alicia, además de su importante carrera profesional, poseía una notable belleza, clara inteligencia y un talante afable que le permitía encontrar aun en el agravio resquicios a la bondad. En definitiva, estas excelentes cualidades prometían a ella un futuro auspiciado por el triunfo.

No obstante, el destino le tenía preparado un camino diferente al especulado.

Alicia empezó el ejercicio de su profesión complacida de poder impartir sus conocimientos a sus alumnos. Pero, al promediar el segundo mes de haber iniciado su magisterio, se sintió de pronto objeto de una afección del sistema respiratorio, que si bien al principio se manifestó como una dolencia leve, en el transcurso de sólo unos días se agravó y, finalmente, debió ser hospitalizada para que recibiera cuidados intensivos. El grado de infección era tan pronunciado que hacía peligrar seriamente su vida. Afortunadamente, la ciencia médica pudo con supremo esfuerzo arrancarla de la garra de la muerte, aunque no devolverle completamente la salud, que debió ser restringida a sujeciones específicas. Entre ellas figuraba la de establecerse en un ambiente benigno como la principal. Dicho de otra manera, la paciente debía prescindir de inmediato el clima frío de la ciudad andina de Riobamba, para buscar refugio en una zona subtropical.

Ahora bien, para la maestra en modo alguno constituyó una odisea el encontrar un sitio ideal donde habría de instalarse por tiempo indefinido. ¿Un milagro? Sí. El artífice del prodigio fue el mismo padre de la paciente, un dinámico profesor en retiro, que se dispuso presto a enfrentar tal contingencia. Pues, valiéndose del privilegio de conservar aún intactas sus antiguas amistades, se puso en contacto con una ex colega suya, de nombre Sara Arellano, que casualmente residía en El Vergel, a quien le expuso la necesidad de encontrar un sitio adecuado para el restablecimiento de la hija de él. Por su parte, la compasiva mujer, aceptó gustosa albergar y cuidar de ella, Y fue así como Alicia, acompañada por su anciano progenitor, un día arribó al corazón de Yunguilla.

Una vez Alicia aquí, gracias a la acertada prescripción médica acatada al pie de la letra, fue recuperando paulatinamente la salud a medida que transcurría el tiempo y, junto a ésta, su vitalidad y su natural júbilo. Además, le ocurrió algo que ella no lo había previsto: enamorarse apasionadamente. ¡Sí! Se había enamorado de Reinaldo Bueno al punto que, sin que le importase la tenaz oposición de sus familiares, aceptó con firme determinación unir su destino al suyo. Es necesario precisar que la principal objeción esgrimida por ellos era que Reinaldo, aunque fuese la personificación de la decencia no dejaba de ser un patán. En conclusión, Alicia, renunciando a sus agnados y a su cargo, de manera legal, puesto que en la práctica no lo desempeñaba ya, se quedó definitivamente en Yunguilla para cultivar la felicidad de su hogar.

Del mismo modo, Jacaranda evocaba con claridad que, pese a la relativa solvencia económica y buena disposición de sus progenitores, de forma

alguna les había resultado sencillo el poder matricularla en el liceo. Porque para concretarlo y, luego, poder velar con eficacia la consecución de sus estudios, sus padres se vieron en la necesidad de abandonar Bonanza y trasladar su domicilio al mismo cantón de El Vergel. Una gestión que requirió de múltiples innovaciones y adaptaciones en la rutina a la cual se hallaban ellos habituados.

Pese a los atractivos que ofrecía la ciudad, que sin duda les seducía al común de los chiquillos, Jacaranda abrigaba auténtica nostalgia por su idílica casita custodiada de frondosas jacarandas y arrullada por el murmullo de la fuente. Sin la presencia de las mariposas, danzando ufanas al ritmo de una melodía incognoscible, surgida de labios de la brisa, ni la esencia de vida generada por las plantas, ni el concierto de las canoras ejecutado al advenimiento del alba, la urbe le daba la sensación de una babel de habitantes que no vivían sino sumergidos en un permanente guirigay. Si de ella hubiese dependido habría retornado de inmediato y definitivamente a Bonaza.

Acontecían los días, las semanas y los meses en el sostenido ajeteo que suele transcurrir el tiempo en esta esquina del mundo. Llegó la temporada seca y la canícula de agosto abrasó esta vez más que nunca, convirtiendo los arbustos de las laderas aledañas en esqueletos descarnados que contrastaban con los pencos verde azulados del agave que desafiaban con éxito la inclemencia del clima. En la zona, especialmente en sus lugares altos, escaseaba el agua y la gente organizaba rogativas a la Virgen de las Nubes en demanda de lluvia. La sequía, de sólo unas cuantas semanas, les parecía a los pobladores toda una eternidad y la culpaban de ella al judío errante, que habría tenido la malhadada ocurrencia de pasar por allí en su viaje interminable. Pero, una tarde, sin que mediara transición alguna se hicieron presente los aguaceros, causando estrago en las vías que conecta El Vergel con Machala y Cuenca. Los moradores se alarmaron nuevamente y esta vez suplicaban a San Pedro que, por compasión, cerrase las cataratas del cielo. Pero San Pedro se había vuelto sordo y no les concedía atención. Los chaparrones se repetían una y otra vez hasta que se vio media ahogada la población. Finalmente el diluvio fue retirándose paulatinamente hasta convertirse nada más que en una pertinaz llovizna sin otra complicación que la de mantener el ambiente húmedo. La finalización de la primera mitad de la temporada lluviosa, coincidió con la culminación del año lectivo, inflamándole a Jacaranda de alegría el corazón. Aquel regocijo le devenía más de la ilusión de volver a su villorrio que de otra cosa.

Durante el primer año de permanencia en la ciudad lo pasó, en los momentos libres que fueron mucho más dilatados que los de labor, junto a

Marilinda y Monigote y también en compañía de alguna condiscípula. Tanto fue así que apenas había notado el transcurso del periodo lectivo. El tiempo se le había ido volando, dejándole gratas pero frágiles reminiscencias. En cambio ahora, reclamada por recuerdos aún frescos de la infancia, sentía irresistibles deseos de permanecer, mientras duraran las vacaciones, en su morada de la bucólica Bonanza. Volver a recorrer los huertos, aromados por los frutos en sazón, perseguir las tornasoladas mariposas, mientras volasen de flor en flor, escuchar arrobada a las canoras y dejarse acariciar por el aliento de la brisa mañanera, era su deseo vehemente.

También se inscribía en su anhelo la satisfacción de volver a verse con Wenceslao Merchaca, un chaval de su misma edad, que desde la infancia se había destacado como su entrañable amigo. Los Merchaca, que proclamaban descender de la nobleza española, eran propietarios de la finca lindante a la de sus progenitores y las dos familias estaban unidas entre sí por vínculos de amistad de larga data. Conocía que el padre de Wenceslao era oriundo de Girón y que tenía parientes cercanos en aquella población, con quienes mediara un profundo afecto, sentimiento que acreditaba el beneficio de la confianza mutua. También estaba enterada que, en virtud de esta prerrogativa, al concluir Wenceslao Merchaca la instrucción primaria, el padre de éste, en vez de matricularle en el colegio de varones de El Vergel, que se hallaba cerca de su morada, lo haría en la ciudad de residencia de sus deudos. Y ahora, en goce de vacaciones, el chiquillo se hallaría en villorrio de Bonanza.

CAPÍTULO TRES

Experimentando con mejunjes

Jacaranda veía desfilar por el espejo de su memoria, con absoluta nitidez la temporada de asueto en la idílica Bonanza, la cual le proporcionaría una fase de vivificante regocijo espiritual. El reencuentro con Wenceslao, luego de casi un año de ausencia, le otorgó sin duda enorme satisfacción. El motivo de haber crecido prácticamente juntos, experimentando unánimes configurar y modificar su entorno desde el mismo ángulo de vista infantil, había generado un sentimiento de fraternal apego hacia él. Sin embargo, ahora acababa de descubrir nuevos sentimientos inspirados por motivos de índole distinta.

Ella, inmersa en la exuberante belleza con que le privilegiaba la naturaleza, a la cual antes apenas le había concedido atención, sentía

abrirse su espíritu como el botón de una flor al cálido beso del esplendente sol. En adelante miraría las cosas con mayor detenimiento y esmero, poniendo énfasis en develar cualidades perceptibles únicamente a los ojos del alma. De ahí que, en su contemplación se deleitaba hasta el éxtasis. Por supuesto que, si se le hubiese dado a elegir, como su residencia definitiva, entre la ciudad, emporio de comodidades y atracciones, y el predio rural en su encantadora sencillez, sin pensar dos veces lo hubiera elegido éste. La perspectiva de transcurrir la vida en comunión con la naturaleza le hubiese elevado, en ascensión luminosa, a las regiones de la absoluta complacencia.

Cautiva de su propia felicidad, apenas se fijaba en el desfile constante de los días, que, enlazados como las cuentas de un collar, traían consigo momentos de inmensurable regocijo. Esta arrobadora satisfacción que iluminaba la imaginación, sirviéndole a menudo de vehículo, le transportaba al reino de la fantasía para acceder a lo inverosímil. Entonces se sentía metamorfoseada en una vistosa mariposa, volando placentera de flor en flor; o adoptando de una determinada canora su morfología y sus dotes armoniosas, probaba a embelesar el paraje con la melodía de su canto, y no era raro que de pronto se viera desplazada al poético dominio de la mitología, para establecer su virtual morada en Arcadia, junto a ninfas, oréades, nereidas... La compañía de estos fabulosos personajes le fascinaba a la imaginativa niña, en especial la de la ninfa Dríade, a quien, desde el inicio de sus desplazamientos implícitos, le eligiera como su amiga y confidente. Aún más, ocasiones no faltaban en las cuales se creía ser esta célebre ninfa.

Pues bien, esta evasión de la realidad no le podía ser más frecuente y favorita. Servirse de la mitología griega como escenario de episodios elaborados con personajes y sucesos legendarios, perfectamente identificados en textos de esta materia, en modo alguno le constituía un impulso casual. Hija única de una ex maestra de Historia Antigua, en lo referente a la mitología griega, creció escuchándola las historias más famosas de ella. También muchos de sus episodios le llegarían proyectados en el cine y referidos en el colegio. Por lo demás, aquel legado invaluable que fue la base cultural de las civilizaciones más antiguas de nuestra historia, dio sentido a sus dudas, proporcionó definiciones a sus interrogantes y, sobre todo, dio creencia.

Se hallaba Jacaranda feliz de ser parte de ese rincón paradisiaco.

Pero de pronto, su ensueño sufrió un remezón cuando su madre le anunció perentoria que debían de retornar a la ciudad la mañana del siguiente día. El próximo año lectivo se hallaba a punto de iniciarse.

Entonces, entre suspiros de morriña, la niña hubo de resignarse a dejar aquel lugar de embeleso.

En el transcurso de este año la niña empezó a experimentar un cambio lleno de emociones contrapuestas que no le permitía acogerse a la estabilidad anímica en ningún momento. Se hubiera dicho que variaba de talante de acuerdo con la dirección que tomara el viento. Así, la ternura que sentía por *Marilinda* y *Monigote* fue reemplazada de pronto por la indiferencia, desconcertando con semejante actitud a sus padres y aun hasta a sí misma. Tampoco el afecto por sus amigas permaneció incólume y el cariño por madrina Sara y el padre Alonso sufría brevísimos periodos de inestabilidad. ¿Qué le sucedía a la niña?

Desde luego que nada que no se lo hubiese podido diagnosticar. Simplemente, la niña se convertía en mujer.

En consecuencia de este proceso evolutivo tanto físico como emocional, Jacaranda fue adoptando ni más ni menos que la conducta de una adolescente común y corriente que habita la ciudad. Dejó terminantemente de lado los muñecos y su lugar lo reemplazó con objetos más a tomo con el gusto de una señorita. Adquirió un espejo grande y enriqueció su tocador con variados artículos de cosmetología. Deseaba, gracias a estos productos, mejorar el aspecto de su rostro y su cabellera como jamás los hubiesen alcanzado sus amigas.

Empeñada, por sí sola, en descubrir y dominar el arte del maquillaje se pasaba horas y horas frente al espejo, experimentado con los mejunjes más insólitos. También se le dio por forzar el rostro con gestos extravagantes, en busca de la sonrisa ideal que lo modelara con primorosos rasgos. Pero jamás se sentía satisfecha de su fatigosa búsqueda de embellecimiento. Entonces comenzó a temer que los cosméticos y las sonrisas forzadas no contribuían sino a perjudicar el atractivo que de natural poseía su rostro. Y la incertidumbre adquirió visos de certeza cuando, Leticia, una de sus condiscípulas, cierta tarde le sorprendiera maquillándose.

—Pero encanto, ¿qué es lo que haces tú? —se asombró sinceramente Leticia, notando que el rostro de su amiga llevaba una espesa capa de maquillaje— ¿Deseas, acaso, ocultar la hermosura de tu rostro detrás de una ridícula máscara? ¡Ay! Quién tuviera tu faz y tu figura para ser admirada por todos.

Jacaranda, a más de halagada se sintió cohibida por lo que acababa de oír de su amiga, quien elogiaba su belleza. Desde luego que ese tipo de elogios no era nuevo para ella, pues Alicia, su madre, le llamaba tesoro siempre, su madrina le comparaba con la estrella matutina y el padre Alonso con un

ángel de luz. Pero, en su modestia, lo consideraba expresiones inspiradas por el afecto que le profesaban.

—¿Lo crees realmente cuanto dices? —inquirió Jacaranda mientras, frente al espejo, se apresuraba a quitar el maquillaje que cubría íntegramente su rostro.

—Lo creo. Eres realmente hermosa —respondió Leticia con visible admiración por su amiga—. ¡Un año más y volverás locos a todos los chicos! Te asegura alguien que sabe lo que dice. Pues Leticia Espinoza de los Monteros nunca se equivoca en sus pronósticos y asertos.

Transcurrió un año más y el pronóstico de Leticia se cumplió a cabalidad. Jacaranda se había convertido en una de las más hermosas jóvenes de la pequeña pero altiva ciudad, concitando con solo su presencia la admiración de los garzones y aun de quienes habían dejado de serlos. Todo un enjambre de admiradores intentaba cortejarla en cuanto la veían, especialmente los audaces hijos de los emigrantes afincados en *Yanquilandia*, convencidos de que todas chicas que veían eran para ellos. Vestidos de indumentaria procedente del extranjero, cuya marca se exhibía escandalosamente en el exterior de la prenda, trataban neciamente de deslumbrar a la bella joven. Y claro está, también había de los otros, es decir, quienes no eran hijos de emigrantes sino que lo eran ellos mimos en persona, ahora tan sólo de visita. Estos, empleando el flamante y rugiente automóvil, de reciente adquisición, aun para ir a la tienda de la esquina en busca de cigarrillos, daban por cierto que lograrían atraer a Jacaranda, aplicando como señuelo su fama de acaudalados ciudadanos. Conocían que en el gran país del norte el amor de toda mujer tenía su precio, aunque a veces se lo cotizara exageradamente alto. De modo que suponían que aquí no sería diferente. Así pues, en su creencia, moldeada por el burdo cincel del capitalismo salvaje, no cesaban de elevar la oferta por la anuencia de Jacaranda. Para ablandarla prometían cosas de astronómicos montos: un automóvil último modelo y de la mejor marca, un almacén de artefactos electrónicos, una casa con fachada similar a la del palacio de Carondelet, una finca bananera situada en Santo Domingo de los Colorados, un autobús de la empresa de transporte Sucre, etcétera. Mas la hija de los Bueno, advertida desde la infancia de que el amor no era una mercancía a la cual se podía acceder mediante el vil metal, se mantenía indiferente.

En la memoria de Jacaranda se mantenía vivo, aun más que otro, el recuerdo del trágico fin que tuviera su prima Delia, joven mujer, casi una niña, que se perdió por no haber podido vencer la tentación de convertirse en una reina como en los cuentos de hadas.

CAPÍTULO CUATRO

El millonario Sebas

El verano tenía aún por delante varios meses de presencia y la ciudad vibraba de animación, saturando a sus habitantes de su efervescente algarabía. Durante los días asueto, de la mañana a la tarde, de todas partes surgían risas, música y canciones, como si El Vergel se hallara en el apogeo de una fiesta. Por cierto, fue al promediar la tarde de uno de esos días cuando Delia, que salía de la iglesia, se fijó en cierto tipo de la más rara catadura, bajándose de un elegante *mercedes-benz* de color plata, muy cerca de donde se encontraba ella. También los demás transeúntes se sintieron intensamente sorprendidos por semejante homúnculo. Desde luego que no era para menos el espectáculo que presentaba el fulano en cuestión.

Pese al calor sofocante de la tarde, el recién llegado llevaba puesto paletó de piel y sombrero de fieltro negros. La primera de las prendas, abierta en la delantera, permitía distinguir ampliamente el traje verde avión que llevaba dentro, mientras que por su lado posterior le llegaba hasta los talones, dándole al estrafalario sujeto el aspecto de un pingüino. El sombrero de ala ancha, que se diría heredado de Al Capone, lo llevaba ladeado sobre una de sus orejas como lo estilan quienes se jactan de pícaros. Y aunque sus facciones exponían una edad indefinida, era posible que hubiera alcanzado ya los cuarenta y tantos años.

Era pálido, flaco y de corta estatura, que muy bien se le hubiera podido considerar como un enano grande. Tenía ojos prominentes y cejas espesas, tocándose entre sí, pese a la presencia de un ceño perennemente adusto que pugnaba por interponerse entre ambas. Su nariz roma y remangada, con fosas grandes y redondas como bocas de aquellas antiguas escopetas de dos cañones, daba la impresión de escudriñar con insistencia el horizonte. Tampoco su boca era de las que comúnmente se gastan en todas partes. Provista de labios protuberantes, como diseñados a propósito para contener dos hileras de enormes dientes que pugnaban por precipitarse al exterior, se le iba de oreja a oreja. Y como para completar la descripción de los rasgos del engendro es necesario, aunque sea someramente, conocer la forma de sus orejas, baste con saber que eran grandes y convexas como las de los murciélagos.

No obstante, el fidelísimo retrato pintado para este individuo, era él sin lugar a duda el hombre más apuesto que hasta entonces hubiera honrado

con su presencia la ciudad de El Vergel. Pero ¿en qué consistía su apostura? Pues simple y llanamente en los kilos de finísimo oro que, convertidas en exquisitas joyas, los llevaba encima.

Una cadena de este precioso metal, tan robusta como las que usualmente se utiliza para atar los perros iracundos, tras rodear el cuello, descendía hasta el pecho para sujetar un medallón de similar material y del tamaño de un plato. Traía las muñecas circundadas por gruesas pulseras y todos los dedos por anillos sembrados de esmeraldas y diamantes. E incluso la hebilla del cinturón era de oro puro.

Aquel hombre debía de ser un mimado de la diosa Fortuna, quien había querido patentizarle su deferencia, agasajándole con aquel cuantioso patrimonio. A todas luces era en alguna parte alguien importante y popular, pero aquí nadie le conocía ni nadie hasta entonces lo había visto jamás. Sin embargo, apenas un minuto después sabrían los presentes de quien se trataba aquel opulento y excéntrico personaje.

Y todo sucedió cuando éste, sin poder substraerse a la seducción que en él ejercía Delia, que a su vez le miraba como fascinada desde la puerta de la iglesia, se le acercó para dirigirle con desparpajo la palabra:

—¡Hola, paloma! —saludó el esperpento, sin mostrar que sentía demasiada devoción por la cortesía— Me llamo Sebas, aunque me gustaría que tú me llamas *Gavilán*. ¿Qué te parece, muñeca?

Delia, sintiendo que toda la sangre se agolpaba en la cara, debido a la vergüenza que sentía al ser abordada por el irrespetuoso desconocido ante los lenguaraces de sus coterráneos, no tuvo la suficiente presencia de ánimo para emitir respuesta alguna. Silente y sin poder apartar la mirada del hombre que tenía delante de ella, parecía un pajarillo fascinado por una serpiente. Más tarde comentaría con Jacaranda, que el motivo de su momentánea parálisis no había sido la conducta reprochable de Sebas sino el brillo del oro que lo traía encima. Una buena razón para una muchacha que suspiraba por su príncipe azul, si bien, el príncipe en sí carecía de importancia mientras el patrimonio de él lo fuera enorme.

—¡Vamos, paloma! —insistió Sebas, acercándose a la joven hasta tenerla a sólo unos pocos centímetros de sí— ¿Estás de acuerdo en llamarme *Gavilán*? ¿Qué me respondes? Vamos. ¿Eres, acaso, muda? ¡Oh, ya caigo! Lo que sucede es que no quieres platicar con un ilustre desconocido, ¿verdad?... ¡Sí, es eso!... Entonces voy a presentarme formalmente. Bueno..., verás... Como te lo dije, me llamo Sebas. Desde luego que el cura me bautizó como Sebastián, y mientras permanecí en este *banany country* así me nombraban. Pero una vez en la *Yunay*, había que recortárselo para ahorrar tiempo. Y a propósito de la *Yunay*, te cuento que

poseo allí una joyería. Ahora mismo, once personas, entre orfebres y dependientes, laboran para mí mientras yo busco en mi comarca de origen la mujer que en adelante ha de compartir mi lecho.

Ciertamente una frase escueta y categórica para ilustrar lo que deseaba.

Y Delia comprendió que era ella la predestinada a tan alto honor. Aún encendida por el rubor, musitó sin conseguir reprimir su desbordante entusiasmo:

—¡Encantada de conocerle! Me llamo Delia Bueno. En cuanto a su pregunta, estoy de acuerdo en llamarle “Gavilán” en vez de *mister* Sebas. Pues, no faltaba más.

Sebas, convencido de que el encuentro casual con la joven prometía mejores resultados de los que habría aspirado si lo hubiese calculado previamente, esbozó una sonrisa de complacencia. Y conocedor de que los preámbulos salen sobrando cuando el poder de la franqueza se impone, la invitó a subir al coche.

—Creo que mientras damos un paseo nos conoceremos mejor —dijo mientras abría la puerta del vehículo.

—Debo regresar pronto a casa. Mis padres se inquietarían por mi tardanza —fue la respuesta de la joven, pero sin negarse ni por un segundo a subir al lujoso vehículo.

—Entonces a casa, pues —respondió Sebas, poniendo en marcha el elegante automóvil.

A partir de entonces, con el beneplácito de los padres de Delia, ella y Sebas se volvieron inseparables. Se los veía juntos a toda hora y en todas partes, demostrando que había nacido el uno para el otro. Ciertamente, era tanto el amor que nuestros enamorados se profesaban mutuamente, que resultaba difícil de imaginarse que Romeo y Julieta se hubieran amado con igual intensidad. Viajaban con frecuencia a Cuenca o a Machala para aparecer luego cargados de costosos obsequios, volviéndolos locos de alegría a los miembros de la familia Bueno y furiosos a los envidiosos vecinos de estos, que lamentaban amargamente el no haber sido parientes de la elegida del magnate.

Un día le sorprendió Sebas a su novia, ante toda su familia, al comunicarle que él debía viajar de inmediato a Nueva York. Comentó visiblemente preocupado que la joyería, por causa y efecto de la prolongada ausencia suya, no andaba lo bien que se quisiera. Por tanto, debía conocer personalmente lo que estaba ocurriendo con ella, reorganizarla, si era ese el caso, y entonces regresaría tranquilamente a Ecuador. Este argumento fue válido para todos. Y se marchó por la mañana del día siguiente.

Delia, una vez sola, no cabía en su amargura. Anegada en un verdadero mar de lágrimas esperaba de un momento a otro el retorno de su novio. Pero la ausencia de éste continuaba prolongándose indefinidamente. Al comienzo recibía de vez en cuando alguna corta llamada telefónica de Sebas, exhortándola a tener paciencia, ya que de momento le resultaba a él imposible de poder viajar. Luego sobrevino el silencio total, sembrando la sospecha de que el “Gavilán” habría volado hacia otro palomar en busca de una sisella diferente. El tiempo avanzaba para Delia penosa y lentamente, estrujándole el corazón con su ominosa soledad. Poco después sintió que la salud se resquebrajaba a ojos vistas. Se hicieron presentes los mareos, la pérdida de apetito y el malestar general.

—Estas molestias no son otra cosa que los síntomas propios de un embarazo cierto —dictaminó el médico al ser consultado, sin prestar apenas atención a la joven Bueno, que se acurrucaba en el lecho como un animalito herido—. Toda mujer con experiencia lo conoce perfectamente. En todo caso, unas semanas más y el asunto se habrá arreglado sin ayuda de la ciencia médica.

—¡Dios mío! Se ha embarazado mi nenita, pero ¿esto no puede ser! —gimoteó la madre de Delia, temerosa más de la monstruosidad que el niño heredara del padre de él que por la deshonra de su hija, que al fin y al cabo había reportado algún provecho económico a su familia.

—¿Qué otro milagro se puede esperar cuando una muchacha se acuesta con un hombre? —expresó el padre de la paciente, sintiendo que le quemaba el alma— No te pintes de ingenua, mujer mía.

Pasaron las semanas y aun los meses, pero los síntomas que los creían propios de un embarazo, lejos de tender a desaparecer, iban en aumento. Consultaron nuevamente al médico y éste, ahora sí, luego de examinarla detenidamente, aconsejó llevarla de inmediato a Cuenca o a Guayaquil para que fuera atendida allí. La esencia del mal escapaba a sus conocimientos de médico de aldea. Entonces la trasladaron sin perder tiempo a la capital azuaya, internándola en uno de sus sanatorios. Los contritos padres, incapaces de prever cuánto tiempo les haría falta a los sabios doctores para devolver la salud de su hija, se hallaban desesperados. Mas, a pesar de la angustia imperante, se sentían iluminados por la esperanza de que no tardarían demasiado.

También los galenos se hallaban desesperados por conseguir arrebatar de las garras de la muerte una joven vida que se les escapaba a momentos. Todos los recursos de la ciencia médica empleados para combatir a aquella rara dolencia que se les presentaba imposible de vencer, iban siendo descartados por su inutilidad en el combate. Por cierto que los facultativos,

gracias a la información difundida por la literatura especializada en el campo de la medicina, sospecharon desde un principio la naturaleza de la enfermedad a la cual se enfrentaban. Así, a la postre tuvieron que admitir que se trataba del temido síndrome de *inmunodeficiencia adquirida*. A la sazón corría el año de 1985 y por ese entonces no existía poder humano que consiguiese combatir la infección de este letal virus. Es mas, ni siquiera se conocía aún todo el conjunto de manifestaciones clínicas que aparecen como consecuencia de la depresión del sistema inmunológico debido a la infección por el virus de la inmunodeficiencia humana.

Poco tiempo después, en medio de atroces dolencias, dejaría de existir Delia Bueno. En cuanto a Sebas, nunca más se volvió a tener noticia de él. Con seguridad, el mismo virus con que infectara a su cándida novia, lo acabó mucho antes que a ella. De ahí el sepulcral silencio que sucedió a las esporádicas y cortas llamadas telefónicas.

CAPÍTULO CINCO

Protegida de las musas, fastidiada por sus admiradores y víctima de la fatalidad

Cursaba Jacaranda el quinto año de secundaria, demostrando hasta aquí que su máxima preocupación era la del estudio. Sus maestros se hallaban complacidos tanto de su inteligencia como de su aplicación, cualidades que prometían la coronación de la etapa de educación secundaria sin tropiezos. Ciertamente, en todas las asignaturas obtenía calificaciones que muy pocas de sus condiscípulas lograban alcanzar. Este resultado que le habría hecho sentir feliz a cualquier estudiante que se contenta con figurar entre los mejores, puesto que lo garantizaba la automática promoción al nivel superior, a Jacaranda jamás le satisfizo. En consecuencia, sirviéndose del tiempo libre, buscaba por su cuenta enriquecer su acervo intelectual en el fructífero campo de la lectura. Al principio se servía de los mismos textos pedagógicos que ofrecieran una ventana restringida hacia horizontes de cultura. Disfrutaba de ellos, especialmente los de literatura, que, aunque parcamente, amainaran su sed de nociones sobre el mundo exterior. Luego, desentendiéndose de las advertencias del padre Alonso, en el sentido de que sólo los libros píos eran aptos para el buen cristiano, se dio en frecuentar la afamada tienda, *Los Mil Y Un Artículos*, propiedad del Chino Sixto León, donde era posible adquirir alguna novela de aventuras o de

tinte romántico que, en vez de ilustrarle sobre el tema que pretendía dilucidar, como era su aspiración, le dejaba aun con mayores interrogantes.

Sin despreciar este género literario, que su ilustre maestra de literatura lo menospreciaba, calificándolo como una expresión del arte de las letras superficial y barato, se consagró a la busca de fuentes culturales de profunda data y solvencia incuestionable. La misma pedagoga, sabia y también prudente, le había advertido: “La literatura es una expresión artística que se basa en el uso del lenguaje, el cual abarca, de hecho, casi cualquier documento escrito. Y es también la ciencia que estudia, con mayor énfasis, las obras literarias de ponderación universal. Para entenderla es necesario llegar hasta sus orígenes y empezar su estudio desde allí, avanzando hasta la presente época en estricto orden. Porque para cosechar un fruto, primero hay que echar la semilla en suelo fértil y luego cultivar la planta con dedicación y esmero”. Pues bien, la metáfora estaba configurada.

Fue así como Jacaranda llegara a interesarse por los clásicos de la literatura, según la definición canónica. Y, claro está, también por los que, desde una definición más amplia del término, podrían considerarse autores “clásicos” de todas las épocas.

Pronto, casi sin darse cuenta, se vio seducida por ilustres autores tanto nacionales como extranjeros, cuyos libros los hacía llegar desde Cuenca. En consecuencia, fue su lectura que le guió hacia el fantástico mundo de lo ideal, donde nada es imposible, donde todo es voluntad.

La adolescente, guiada por esta vocación, tenía definida la carrera profesional que abrazaría: la literatura. Ansiaba concluir con la brevedad posible la etapa secundaria para poder acceder a la superior. Estudiaría Filosofía y Letras y, una vez en posesión de las herramientas necesarias, escribiría un libro que haría estremecer, desde sus cimientos, la conciencia nacional. Combatiría a los gobernantes que, como una perenne maldición para la Patria, resultaba cada uno de ellos peor que el anterior. De tal manera, pondría el dedo en la llaga, exhortando a la sociedad a sacudir su consuetudinaria desidia para exigirle al Gobierno, por los medios que fueren necesarios, respeto a la ciudadanía en sus derechos inalienables como, por ejemplo, el de vivir con dignidad en su propio territorio sin necesidad de que se vieran forzados a venderse como esclavos en el extranjero.

Pero también escribiría novelas de contenido romántico y amenas historietas que solazasen a quienes no han olvidado aún el encomiable hábito de la lectura. Buscaría la oportunidad de colaborar con algún periódico altruista, de aquellos que anhelan el cambio y el bienestar de la

patria y, con el auspicio de las musas Euterpe y Erato, cultivaría la poesía, imprimiéndola mayor calidad y pureza con que lo hacía hasta ahora.

Efectivamente, Jacaranda era poetisa por natural iluminación. Su extraordinaria sensibilidad le permitía transferir magistralmente la belleza o el sentimiento estético a la palabra, en verso o en prosa. Sus maestros, que estaban al corriente de las dotes artísticas de la joven, tenían la completa seguridad de que llegaría a ser miembro del Parnaso Azuayo. Por lo demás, la perspectiva de que una eminente poetisa tuviera su origen en las aulas del plantel educativo al cual pertenecieran ellos, les llenaba de contento. En consecuencia la miraban con superlativa admiración.

Aun siendo el don de la palabra una magnífica cualidad de Jacaranda, su facultad artística no se limitaba a tal privilegio nada más. Pues también tocaba la guitarra y cantaba primorosamente, que el escucharla constituía un arrobador deleite al oído. Los garzones de la vecindad, al tanto de los repertorios musicales que Jacaranda solía interpretar al caer la noche y en la intimidad de su habitación, rondaban a esa hora su morada con puntualidad religiosa, procurando aguzar el oído.

Por cierto, todo esto, con ser mucho, no era todo lo que de atractivo tenía en su haber Jacaranda. Porque también poseía hermosura. Su rostro sonrosado y oval, enmarcado por una cabellera ensortijada que descendía en cascada sobre la espalda, se adornaba de negros y grandes ojos vigilados por largas y rizadas pestañas, oscuras cejas bien delineadas, nariz clásica y labios rojos y llenos, como diseñados para consumirlos a besos. Además, era alta, esbelta, de cimbreante talle y piernas largas y bien torneadas, de aquellas que difícilmente se las ven todos los años.

A la sazón se había convertido Jacaranda en una mujer a quien el contemplarla constituía un deleite. Jamás un amanecer de junio fue comparable a su belleza. Y, paradójicamente, fue este el motivo por el cual empezaron los problemas para la familia Bueno.

Pese a que la joven concedía a las galanterías de sus admiradores la misma importancia que la Luna a los aullidos de un perro, nunca conseguía dejar de ser asediada. Sus pretendientes, dándose aires de importancia, encaramados en sus flamantes y rugientes motocicletas y vistiendo ropa precedente de las tiendas de la Unión Americana, según indicaban las etiquetas pegadas en la parte visible de las prendas, le escoltaban de la casa al colegio o viceversa. Y cuando ella no dejaba su residencia, todo un enjambre de moscardones bullía en sus alrededores, sin que les importase siquiera el advenimiento de la noche, que más bien la utilizaban para dejar escuchar sus apasionadas e interminables serenatas.

Eran estos postulantes, en su mayoría, los privilegiados vástagos de los emigrantes afincados al norte del Río Bravo, que, en vez de afecto y cuidado de su progenitor, recibían dólares que los invertían religiosamente en buscar el camino más expedito a la perdición. También conformaban este enjambre zumbón, los que pretendían eclipsar a la bella con el brillo de promesas millonarias. Proferían desembozadamente que, a cambio de una corta luna de miel, le concederían cuanto quisiese. Como se puede suponer, estos últimos no eran otros que los llamados presuntuosamente *residentes*, que se habían dejado caer por el terruño en plan de vacaciones, acariciando la idea de echarse unas cuantas canas al aire.

Las más de las veces Reinaldo, ante el intolerable escándalo que se producía junto a su casa, pistola en mano, obligaba a los inoportunos a dispersarse. Pero como esta clase de incidentes se originaba constantemente y él veía que la paciencia se agotaba a velocidad supersónica, pensó en liquidar el problema, cortándolo por lo sano. Renunciaría al proyecto de ver a su hija convertida en académica y, retirándola del colegio, la llevaría cuanto antes a su campirana propiedad, la cual jamás debieron haberla abandonado.

* * *

—Deberías más bien dedicarte a algo que no requiriese de esfuerzo intelectual ni concentración mental como el estudio —recriminaba decepcionado el profesor de matemáticas, a Wenceslao Merchaca, entregándole al mismo tiempo las notas del último examen—. Pues míralas, muchacho: cero para todas las preguntas, que sumados todos ellos y en conjunto dan como resultado la suma total de un cero exacto. En otras palabras, una completa vergüenza tanto para ti como para mí.

Wenceslao tomó con mano insegura la hoja de papel, atiborrada de tachaduras y círculos rojos, que le ofrecía su maestro, el licenciado Lumbrera, un pedagogo tan sabio como casualmente indicaba su apellido. La miró perplejo por un rato, como sin dar crédito a lo que veía y, luego de meditar otro rato con el ceño arrugado, intentando mostrarse sereno, profirió:

—¡Vamos, profe! Pues lo que me pasa a mí puede ocurrirle también a cualquiera por preparado que se halle para rendir exámenes. Por tanto, mis deficientes calificaciones no se reducen sino a un factor de mala suerte. Tal vez, nerviosismo, falta de tiempo para responder, distracción pasajera e infortunada... ¡Qué sé yo! Por tanto, le solicito comedidamente a usted se me conceda una nueva oportunidad. Estoy seguro de un rotundo veinte o,

al menos, de un diecinueve. ¡Vamos, profe! ¿Qué pierde usted con conceder otra oportunidad?

—Pues, hijo mío, me temo que perdería vanamente el tiempo si me aviniera a complacer tan necia petición —fue la respuesta tajante y a la vez pesimista del pedagogo, disponiéndose a marcharse—. Además, ¿cuánto ibas a ganar tú incluso en el supuesto de que lograses mejorar en algo las notas de matemáticas con otra oportunidad si en todas las demás materias tienes perdido el año? Te advierto una vez más que tú no eres apto para el estudio, pero quizá puedas ser útil para algo. Conozco que tu padre posee tierras de pastoreo, apropiadas para ganado caprino. Entonces dedícate más bien a la explotación cabruna, que no te faltará habilidad para ello.

Estaban los dos solos en el aula y también en el exterior de ella no se notaba más concurrencia que la pesadez del silencio. El motivo de aquel aislamiento obedecía a que ese día era sábado y, precisamente por ello, el compadecido licenciado Lumbrera había querido brindar a su inepto alumno la oportunidad de poder rendir, con absoluta tranquilidad, un nuevo examen, aun sabiendo de antemano que éste lo tenía todo perdido.

—No, señor licenciado —aclaró Wenceslao a su maestro sin vislumbrar la indirecta—. Las tierras de mi padre son en todo caso más bien excelentes para la fruticultura.

—Mucho mejor para ti —repuso Lumbrera, dando definitivamente por terminado el diálogo—. Al menos podrás allí tenderte a la sombra del follaje de los árboles frutales.

Y cada quien se marchó por su lado, tan rápido como les permitiese las piernas. Lumbrera, lamentando la pérdida de tiempo con su obtuso y flamante ex alumno, y éste, alegre por abandonar la histórica pero fría ciudad de Girón.

* * *

A pesar de los malos ratos con que los pretendientes de Jacaranda mortificaban a Reinaldo y la manifiesta aversión de éste contra aquellos, el jefe de la familia Bueno no se decidía del todo a dejar la ciudad. Esperaba impaciente que la estudiante concluyera al menos el año lectivo actual, máxime que el tiempo que le faltaba para terminar era corto. Se hallaban en vísperas de Navidad y las clases finalizarían en los primeros días de febrero. Hasta entonces paciencia. Además, esto era precisamente lo que le recomendaba el padre Alonso: “*¡Paciencia, paciencia por el amor de Dios, hijo mío!*” Sin embargo, ocurrió un imprevisto que obligó el inmediato retorno, al menos, de Alicia y Jacaranda al caserío de Bonanza.

La festividad de Navidad se había iniciado con pomposas vísperas, estimulando la alegría en la población entera. Figuraban infinidad de

entretenimientos tradicionales, diurnos y nocturnos, para ser disfrutados en esa solemne ocasión gracias a la generosa contribución de los emigrantes en goce de vacaciones, que habían sido astutamente nombrados priostes tanto por el cura como por el comité de pro festejos del cantón.

Para esa noche se había reservado los juegos pirotécnicos y Reinaldo, reflexionando en que una cosa así es posible ver una sola vez al año, sintió vivos deseos de presenciarlos. Se despidió escuetamente de su familia y se encaminó presto al lugar previsto. Alicia y Jacaranda rieron por un instante, motivadas por el apresuramiento del rey del hogar sólo para satisfacer la curiosidad, y, luego, cada quien se dedicó a sus ocupaciones rutinarias. La madre tomó las agujas de tejer y un ovillo de hilo y la hija eligió un libro. Pero ninguna de las dos mujeres conseguía concentrarse en lo que hacía, interrumpida a cada momento por los estallidos de los petardos que, no obstante la distancia notoria entre el lugar del festejo y su casa, parecía que las explosiones ocurrían en la misma puerta de ésta. Y tuvieron que esperar un largo rato hasta que el terrible traqueteo muriese por consunción.

Había transcurrido una hora desde que cesaran los estallidos, cuando Reinaldo hizo al fin acto de presencia en casa. Pero no se veía en buenas condiciones. Parecía preocupado en extremo, al punto que cuando hizo su ingreso no quiso o no pudo proferir palabra alguna a su familia, y caminando con inseguridad, como los beodos, avanzó directo y en silencio al lecho suyo. Pero no se hallaba ebrio, porque él no libaba jamás bebidas espirituosas, sólo que la muerte le abría sus brazos para conducirlo hacia la eternidad. Y sin proferir una sola palabra expiró.

La necropsia no aclaró la causa del deceso de Reinaldo. A decir del forense que la practicó, no había razón valedera para aquella misteriosa defunción. En el cadáver no fue encontrada herida o fractura alguna ni el menor rastro de toxico, como tampoco daño o deterioro en ninguno de sus órganos vitales. En otras palabras, Bueno carecía del menor fundamento para estar muerto. Sin embargo, lo estaba.

Este acontecimiento dio pábulo a la supersticiosa gente de la comarca para elucubrar conjeturas de supuestas intervenciones diabólicas cual más de disparatada. Se decía que Reinaldo Bueno, poco antes de la hora fatal, había descubierto la guarida de Satanás en cierto barranco de Quilluna. Aunque también decían que fue más bien en una cueva de Colaguila o de Tambor Loma. Pero para quienes sabían a ciencia cierta que Reinaldo jamás había visitado aquellos lugares ni había tenido porque hacerlo, la explicación de su muerte era bien clara: un trabajo de hechicería. Pues algún *mojado* hipersensible, en venganza de una negativa en concederle la

mano de su hija, lo había encargado el “trabajo” a *Miguicho*, el terrible brujo de Panateo, de quien se decía que tenía el poder de convertir a las personas en animales o plantas y de restituir la vida a los muertos, incluso extrayéndolos de los mismos infiernos, gracias a un pacto que tenía firmado con Satanás. A este siniestro personaje, además de *Miguicho*, se le conocía también como el “El Compactado”.

Con todo, la elucubración más generalizada era la de que al pobre de Reinaldo Bueno, precisamente la víspera de Navidad, cuando la población conmemoraba el nacimiento del niño Dios entre risas y juegos pirotécnicos, se le había presentado Satanás en persona con la intención de pactar un convenio entre ambos. “*Concédeme a tu hija como esposa y a cambio te convertiré en un nuevo Creso* —le había dicho el rey del averno, de modo perentorio. Mas como Reinaldo se negara enfáticamente a su petición, asiéndole por las solapas de la chaqueta, le había amenazado furioso—: *¡Reflexiona, pendejo, que el tiempo no está como para rogar a nadie! Me la concedes de buen grado ahora mismo o no pasas tú de esta noche. En cuanto a tu hija, no cejaré hasta hacerla mía. ¡Carajo!... Y ay de los babosos que a partir de ahora intentaren hacerme la competencia. Pues, como me llamo Satanás, juro que les asaré vivos. No tendré piedad con ellos el rato de exigirles cuentas.*” Y con un tremendo estallido que al pobre de Reinaldo le hiciera volar por los aires, el ser de las tinieblas se había despedido.

Así pues, a partir de entonces, el enjambre de moscardones que habían hecho caso omiso la pistola de Reinaldo, la propagación de tamaña fantasía les arrancó de cuajo el deseo de volver a importunar a Jacaranda. Es más, en lo posterior ni siquiera tendrían el valor suficiente como para atreverse a pasar frente a su casa.

Días después del luctuoso acontecimiento, Alicia y Jacaranda dejaron la ciudad.

CAPÍTULO SEIS

La bella Jacaranda

El conseguir sacar adelante la granja, hogar y fuente de sustento a la vez, al principio no le resultó nada fácil a la joven, puesto que ella, habiendo permanecido hasta ahora dedicada únicamente al estudio, de la cocina sólo tenía la vaga idea de que era allí donde se elaboraba los alimentos. En cuanto al campo, la experiencia le decía que su única función no era otra que la virtud de extasiar ante su contemplación. Era todo lo que conocía de

la granja que debía sacar adelante para la subsistencia de su postrada madre y la suya propia.

Le afligía verse encerrada inopinadamente en un laberinto del cual le sería imposible salir por sus propios medios. Pero cuando más desesperada se encontraba, la providencial aparición de su vecino y amigo Wenceslao Merchaca vino a sacarle de apuro. Este mozo, habiendo defraudado la aspiración de sus progenitores, que esperaban verlo convertido en doctor o al menos en licenciado, era echado con ignominia de la casa paterna, casualmente, a los pocos días de haber retornado a Bonanza lo que quedaba de la familia Bueno. De modo que el repudiado no tuvo que ir muy lejos para encontrar alojamiento y sustento a cambio de trabajo. Las Bueno respiraban complacencia motivadas por la adhesión de Merchaca, quien, desde el momento mismo de haber sido admitido, se ocupó en poner en marcha los negocios de la granja y, además, con su presencia avaló el irrestricto respeto de la casa. Una cuestión importante para la tranquilidad de nuestras desamparadas mujeres.

Ahora las dos mujeres no tendrían que batallar ya con las rudas faenas de la granja y su tiempo lo invertirían en quehaceres más acordes con la condición de su género. Sobre todo, la menor de ellas, tendría la oportunidad de poder leer a sus anchas, favoreciéndose de la autodidáctica como un indispensable recurso para elevar su nivel cultural.

Era viernes a mediodía cuando Jacaranda recibió noticias urgentes de Leticia. La carta se la entregó Wenceslao, quien, mientras visitara El Vergel en la mañana de ese día, recibió el encargo de entregársela a su destinataria. En cuanto la receptora se enteró del contenido de la esquila, se puso loca de contenta. Fue de inmediato en busca de Alicia, que, sentada frente al espejo de la salita, cepillaba su aún hermosa cabellera.

—¡Madre! —exclamó emocionada la joven, blandiendo el pliego de papel casi en los mismos ojos de su progenitora— Pues mire usted lo que trajo el gato.

A Wenceslao, más que por su nombre de pila, le llamaban “*Gato*”, a consecuencia de sus ojos verde amarillentos similares a los de este felino. Pero esta vez Jacaranda no se había referido a él en particular, sino a la frase acuñada que ilustra la recepción de algo sorpresivo, sin mencionar el nombre de su portador.

—Sin duda otra proposición de matrimonio, ¿verdad? —respondió Alicia, aún sin escuchar la noticia— Desde que esos molestos galanes perdieron el miedo, todos no sueñan más que contigo.

Alicia se refería al pánico que los postulantes del pueblo sintieran durante una buena temporada, atemorizados por la leyenda negra que

circulaba en el terruño. Ésta aseguraba que Satanás, pese a que le sobran mujeres, se había enamorado locamente de Jacaranda con todos los agravantes de un amante celoso e intransigente. Aquella fábula que no se sabía cómo había surgido, pero que empezó a circular de inmediato a la muerte del padre de Jacaranda, impidió en un principio que la importunaran a la chica con ofertas de matrimonio. Mas, cuando con el correr del tiempo, empezó a declinar su vigencia, los donjuanes de profesión o improvisados, envalentonándose paulatinamente, volvieron a la carga cada vez más audaces.

—¡Dios me libre de semejante disgusto! —profirió Jacaranda, mirando la cuartilla—. Se trata nada menos que de una invitación de Leticia, madre. Precisamente mañana se cumple un año de sus nupcias. La ceremonia del aniversario se efectuará por supuesto mañana por la noche.

—Supongo ¿qué no será en El Vergel?

—Lo será en Cuenca, madre, que es donde ahora reside Leticia. Mi amiga reclama mi presencia para que tomara parte de la celebración.

Leticia vivía desde hacía un año y medio en la “Atenas del Ecuador”, adonde se había fugado de la casa paterna, situada en El Vergel, para reunirse con Armando Ruiz, su futuro esposo, notoriamente mayor que ella. En tal caso, la decisión de la joven había sido un acierto, al menos en su aspecto económico, ya que Armando, que había amasado su fortuna en el extranjero, era en la actualidad propietario de una principesca mansión en cierta zona exclusiva de la ciudad, un lujoso hotel junto al parque Abdón Calderón, donde de tarde en tarde son coronados los protegidos de Erato y Euterpe. Y también era dueño de una concesionaria de automóviles de las más prestigiosas marcas.

—¿Y piensas, hija mía, aceptar la invitación?

—¡Claro qué sí, mamá!

—Pero tú jamás has viajado a un lugar tan importante como Cuenca.

—Hay una primera vez para todo, mamá.

—Claro —se preocupó Alicia, aceptando resignada el razonamiento de su hija—. Pero careces del atuendo adecuado como para lucir en una suntuosa fiesta como a la cual te han invitado. Seguro que acudirán a ella personajes de alcurnia.

—Madre, cuento con el suficiente tiempo para proveerme de lo necesario.

Y de inmediato puso en marcha los preparativos para el viaje del siguiente día.

Cuando el autobús en que viajaba Jacaranda arribó a su destino, Leticia le esperaba ya a la viajera y, desbordante de alegría, le manifestó su afecto

mediante nutridos besos y abrazos. También la recién llegada se regocijó de volver a encontrarse con su dilecta amiga a quien no le había visto desde cuando se vino a la gran ciudad. Luego de esta recíproca efusión de afecto, sin que se detuvieran las preguntas que se hacían mutuamente, se dirigieron al coche de Leticia, un elegante *Ford* último modelo, aparcado cerca de allí.

Durante el trayecto que tenía como el fin del recorrido la mansión de Leticia, por iniciativa de ésta, realizaron varias paradas en tiendas de alta costura y en selectas orfebrerías, en busca del adecuado vestido de fiesta y las joyas que esa noche habría de lucirlas su invitada de honor. La beneficiaria, ante semejante despliegue de generosidad de su opulenta amiga, que jamás lo hubiese creído posible, se veía fascinada y ruborizada a la vez. En consecuencia, se negaba a admitir aquellos valiosos obsequios. Pero Leticia, que no quería figurar como una anfitriona poco solícita, no daba su brazo a torcer. De modo que, para anular la resistencia de su convidada, procuraba convencerla, invocando que el deber del buen cristiano no es otro que el de compartir con los demás su propio bienestar.

—¡Además, sería impropio de una señorita que se precia, presentarse en una celebración asistida por la crema y nata de la sociedad cuencana, sin que hiciera gala de buen gusto y distinción para vestir! —dictaminó Leticia con la suficiencia que para el concepto de lujo, sofisticación y elegancia clásicas hubiese dictaminado Óscar de la Renta, poniéndole roja como una manzana a su sobria amiga. Y añadió—: A una beldad no le basta su belleza natural para verse realmente fascinante. Pues, para lograrlo, es indispensable el adecuado atuendo que contribuya a resaltar esa belleza. Ya lo verás, chiquilla mía, que te contemplarán como a una reina, porque en efecto te transformarás en ella.

Jacaranda, no obstante la alegría que le ocasionaba el bienestar de su amiga, basado en un fortuito encuentro con la diosa fortuna, se sentía humillada, mortificada por la vanidad que ésta desplegaba con la sola intención de propalar su inclusión en la alta sociedad y de gozar de todas las prerrogativas que ella conlleva. Y a riesgo de pasar por desagradecida respecto a su protectora, concluyó que ésta le agradaba mucho más antes que ahora.

Abordaron, una vez más, el lujoso automóvil *Ford*, para reanudar el corto viaje tantas veces interrumpido.

—Ya lo verás, chiquilla mía —prosiguió la nueva millonaria con la competencia de una maestra experimentada, dirigiéndose a su novicia alumna—. Te garantizo que ningún hombre presente en la futura reunión, por horchata que recorra sus venas, será impávido a tu deslumbrante

belleza. Pero, eso sí, hay que observar mucho tiento con los que traen pantalones, porque a menudo aparentan lo que no son ni remotamente. Muchos de ellos, expertos en ocultar el garlito con que te atraparán bajo promesas millonarias, ni siquiera cuentan con un lugar donde caerse muertos. Pues, hoy en día, a quienes les sobra el dinero son realmente escasos y aún más escasos los que están dispuestos a desprenderse de una parte de él a cambio de un buen momento en compañía de una dama selecta. Verás chiquilla mía, de los comerciantes, por ejemplo, es poco lo que se puede esperar, puesto que es más lo que deben que lo poseen —continuó Leticia, ajena al gesto de sorpresa que se pintaba en los ojos de su amiga—. Tampoco los políticos son elementos de fiar. Pues la fortuna sólo les acompaña mientras permanecen en algún cargo de importancia, ocupados en asaltar las arcas del erario, luego se verán inmersos en la penuria y hasta camino de la cárcel cuando no han sabido escamotear con habilidad sus fechorías. En todo caso, nada más inestable que la suerte de un político. En lo que se refiere a los hijos de los ricos, ni que hablar. Pero en este escenario de farsantes, nunca faltan los que pueden costearse, sin que les parezca onerosas, las satisfacciones que acariciarán en el festín de sus impúdicos sueños. Son estos los *mojados* desde luego —Jacaranda, de la sorpresa pasó al inquietud, pero su anfitriona, sin concederle atención, continuó—. Créeme chiquilla mía, que nadie más a propósito para satisfacer los sueños de grandeza de una mujer que alguien recién vuelto de *Yanquilandia*. Además, si eres bonita, afectuosa y gentil, te pagarán tu peso en oro, así de sencillo. Y tú, chiquilla mía, a estas alturas de tu edad debes saberlo ya que vales exactamente lo que tienes.

«—Sin embargo, con los *mojados* existe un serio problema —prosiguió Leticia, tras esperar con impaciencia que el semáforo se pusiera en verde para continuar el recorrido—. Los dólares que consiguieron ahorrar allá, con el esfuerzo de muchos años de sacrificio, los despilfarran aquí en menos de lo que canta un gallo, sobre todo si encuentran alguien que les ayude en esta divertida tarea. Luego la penuria insufrible para la reina del hogar, que bien pronto se había acostumbrado a comodidades inimaginables. En esta circunstancia a la mujer de un *mojado* le asiste dos opciones como salida a la crisis económica que atraviesa, o bien obligar a su hombre ir en busca de más dinero o bien cambiar de marido, no existe alternativa.»

A Jacaranda le costaba trabajo reconocer a su amiga de tantos años. Viéndole hora, cautiva de la influencia del vil metal, le inspiraba compasión. Qué lejos habían quedado para ella los días en que su espíritu

se nutría de franca sencillez y que la mayor aspiración de la vida consistía en la prosecución de su conducta pulcra y sin dobleces.

Felizmente para Jacaranda, el arribo a la mansión de Leticia, dio a ésta motivo para cambiar el tema de la conversación. Ahora se ocupó únicamente de mostrarle su señorial morada compuesta de infinidad de habitaciones. En cuanto a las presentaciones de Armando y de su hermano, a quienes les encontraron, en la sala de estar, instalados en sendos butacones y fumando con indolencia, tan sólo les ocupó el tiempo requerido para decir: “¡Hola!” Un cumplido al estilo *yanqui* importado a la Atenas del Ecuador.

El festejo en la mansión de los esposos Ruiz fue sonado, desde luego, no sólo porque los músicos se habían esmerado en hacer sonar atronadoramente sus instrumentos, sino porque la alegría, que es el alma de toda reunión social en plan de diversión, se mantuvo al máximo nivel durante el lapso que ocupara éste. Ya que, tal como lo hubiera pronosticado Leticia, no obstante el crecido número de beldades que se habían congregado allí, cada quien con la soterrada intención de eclipsar a las demás con su belleza, sin género de duda fue Jacaranda la legítima reina de la fiesta. ¿Quién de los hombres presentes, comprendidos entre los quince y noventa años, no habría deseado ser su galán? ¿Quién de las concurrentes, a pesar de creerse cada una de ellas la réplica de la divina Venus, no habría apetecido para sí la particular belleza de ella? Sin embargo, Jacaranda, incapaz de sentirse envanecida, sabiéndose admirada, deseada y envidiada, aceptaba aquella deferencia con gracia, sencillez y simpatía.

Este episodio lo recordaría siempre, sintiendo que volvía a vivirlo.

Además, aquella memorable noche demostró Jacaranda que los atributos que poseía no se limitaban únicamente a la belleza física y a su excelente talante, sino también a sus cualidades de poetisa, cantante y virtuosa de la guitarra. Recitó poemas de su propia inspiración, tañó la guitarra y cantó admirablemente, inflamando el entusiasmo en la concurrencia que disfrutó placentera de sus artísticas interpretaciones.

Tampoco lo olvidaría que fue en esa noche de alegría desbordante cuando recibió el primer beso de amor, experiencia que le agrado, no obstante lo sorpresivo y lo fugaz con que se consumó. Porque el primer beso de amor, sin que importase de quien proviniera y las circunstancias en que se diera, deja en el alma incandescentes huellas que perdurarán más allá de la bruma del confín de los años. Y ella no podía ser la excepción, puesto que, a pesar del tiempo transcurrido, el recuerdo de este episodio sublime afloraba a la memoria cuando menos lo esperaba. De pronto, al

evocar aquel ósculo apasionado e inesperado depositado en sus labios, sentía abrasarse el corazón con el fuego de una hoguera.

Esta escena, origen de recurrentes remembranzas, le aconteció cuando bailaba con Arnulfo, más exactamente, un segundo después que finalizara el baile con él. Su ocasional pareja, fingiendo que deseaba hacerle una confidencia, fue acercando sosegadamente sus labios al oído de ella y, de pronto, le imprimió un ardiente y sonoro beso en la boca. Jacaranda, tomada por sorpresa, no respondió a aquella caricia fugaz, ya que no tuvo tiempo de aceptarla o rechazarla. Sólo sintió que se originaban en su alma candorosas emociones.

Arnulfo, hermano menor de Armando Ruiz, era un individuo de rostro cetrino, cabello ensortijado, y por lo visto, experto en lances amorosos. Desde el instante mismo que viera por primera vez a Jacaranda se negó a quitarle los ojos de encima, dándole a entender, sincera o falazmente, que había sido él blanco de los dardos Cupido. Además, en cuanto tuvo la oportunidad de hablarla a solas, seguro de que el referirse a su propia valía le impresionaría a la joven, se esmeró en comentar sobre todas y cada una de las ventajas que ofrecía la ingeniería petroquímica, profesión que se hallaba a punto de culminarla. No se olvidó de enumerar los países que visitaría para realizar sus estudios de postgrado, poniendo énfasis en detallar las características de sus ciudades, de su gente y de sus costumbres. Tampoco se quedó corto cuando sacó a colación su estirpe, remontándola a la época de los cruzados. Además, para apuntalar su aserto, atribuyó a un lejano ancestro suyo el honor de haber participado en el sitio de Jerusalén. Jacaranda escuchaba con estoicismo a su pedante admirador, confiada en que, al concluir su breve permanencia en Cuenca, le recordaría tan sólo como el personaje de una pintoresca anécdota.

El nada plausible procedimiento de Arnulfo, al margen de lo que este acto en sí pudiese significar, terminó con toda posibilidad de proyectos ulteriores que Jacaranda hubiera podido forjar respecto a él. Se figuraba que su pretendiente no pasaba de ser un vulgar ladrón en quien no se podía confiar. Pues, del modo más descarado, le había arrebatado un beso, nada menos que su primer beso.

Sin embargo, la mañana siguiente, segura de que no cedería a los requerimientos del cleptómano galán, accedió en que le acompañara hasta la estación del autobús que le retornaría a El Vergel. Pero no en uno de sus lujosos coches como él lo había previsto, sino en uno particular. Mientras esperaban abordar un taxi, se mantenían ambos a la expectativa, ávidos por llevar a la práctica lo que cada uno tenía en mente. Arnulfo esperaba contar con la discreta complicidad del interior del vehículo para tener a Jacaranda

junto a sí y poder catar a su antojo la miel de sus besos. Animado por el éxito obtenido en la noche anterior, suponía que lo conseguiría sin esfuerzo. La joven, a su vez, previendo el propósito que albergaba aquel tenorio criollo, apenas podía disimular la impaciencia que sentía por situarle en su lugar al menor desliz que cometiese éste.

Luego de varios intentos inútiles de los jóvenes para detener un taxi, de repente se detuvo junto a ellos un automóvil particular, cuyo conductor, apeándose de prisa del vehículo, fue con los brazos abiertos hacia Arnulfo mientras decía:

—¡Oh, viejo, qué alegría el encontrarte! Me hacía ya a la idea de irme sin poder saludarte. Pero dime, viejo, ¿cómo está tu familia?

—Sin novedad, gracias —respondió Arnulfo trabándose en apretado abrazo con su amigo—. ¿Desde cuándo por aquí, Flavio? Pues te creía arraigado definitivamente en Roma.

Se apartaron. Flavio era alto, bien parecido, elegante en su aspecto y en sus maneras.

—Tienes toda la razón, viejo —expresó Flavio—. Mas ello no implica que me prive del placer de visitar de vez en cuando a mi patria natal. Te aseguro que si de mí dependiera, jamás me iría de aquí.

Flavio, revelando con un hondo suspiro, posiblemente fingido, el amor que sentía por su cuna morlaca, fue recorriendo paulatinamente la mirada en torno suyo, como si quisiera retener en ella todo el esplendor que ofrecía el paisaje circundante. Y fue sólo entonces cuando se fijó en Jacaranda, que, a su vez, le miraba situada junto a su amigo.

—¡Oh, viejo, qué bien acompañado vas! —exclamó Flavio, mirando arrobado a la joven— Qué afortunado debes sentirte junto a tu célica pareja. Si te creyera un santo, pensaría que te lo habían permitido elegirla de entre un coro de ángeles.

E incapaz de poder sustraerse a la fascinación que ejercía la joven, continuó mirándola hasta cuando la voz de Arnulfo le devolvió a la realidad:

—Como bien lo dices tú, ¡qué afortunado no me sentiría si este ángel de luz fuese realmente mi pareja! Aunque aspiro a que pronto lo sea. Y a propósito, permítanme ustedes que se los presente —Arnulfo, dirigiéndose tanto a la dama como al caballero, profirió en su orden—: La señorita Jacaranda Bueno, poetisa, cantante y guitarrista. El doctor Flavio Paredes della Fonte, también poeta, conocido escritor e incansable viajero. A esto debo añadir que, siendo él ítaloequatoriano, reparte su existencia entre sus dos patrias.

—¡Oh, señorita Bueno, cuán honrado me siento de conocerla, máxime por tratarse de una colega mía! —exclamó Flavio, tendiendo alborozado su mano hacia Jacaranda.

—El honor es mío, doctor Paredes della Fonte —respondió la aludida, aceptando la mano del literato con una encantadora sonrisa—. Aspiro a que su permanencia aquí sea tanto feliz como prolongada.

Paredes della Fonte retuvo por un instante la mano de la joven e, inclinándose con exquisita gracia, la besó suavemente. Luego expresó dolido:

—¡Oh, cuánto no me hubiese gustado permanecer aquí siquiera unas horas más, querida señorita, sobre todo cuando acabo de conocer a usted! Pero la verdad es que ahora mismo me dirijo al aeropuerto, para abordar de inmediato la nave que me ha de transportar a Europa. Espero en mi próximo viaje ser más afortunado que ahora y pueda permanecer mucho más tiempo aquí, que me será muy agradable si tengo el privilegio de volver a verle a usted.

—Lo será también para mí —respondió Jacaranda con espontánea convicción, sintiendo que la personalidad de Paredes della Fonte, cual poderoso imán, le atraía intensamente hacia sí, anulando toda resistencia de reflexión que hubiera podido anteponerse. Se hallaba fascinada e, incapaz de retraerse, se dijo que con él se iría dichosa aunque fuese al fin del mundo.

Un minuto después se despidió Flavio de sus amigos y estos, abordando un taxi, que oportunamente consiguieron detenerlo, se trasladaron al estacionamiento de los autobuses de El Vergel, donde, tras un lacónico adiós, se apartaron cada uno por su lado. Por cierto que aquella sucinta y gélida despedida había sido elaborada deliberadamente por Jacaranda, como advertencia de que las puertas de su corazón se hallaban cerradas a cal y canto para Arnulfo.

Arnulfo, decepcionado por el glacial proceder de Jacaranda, que a priori lo previó frágil y asequible a sus ínfulas amorosas, retornó a su morada, sintiendo que el despecho le asfixiaba. En tales circunstancias, por tenerla un solo minuto en sus brazos, hubiera dado gustoso la mitad de su fortuna.

En cambio, la mujer que había prendido la hoguera de pasión en el menor de los Ruiz, viajaba a su patria chica, complacida de haber obrado con sensatez, sin dejarse dominar por el peso de las circunstancias. Reflexionaba en que no había podido realizar nada mejor que la devolución tanto del atuendo como de las alhajas adquiridos para ella por Leticia. De ese modo no habría deudas impuestas de saldar con creses en el futuro. En cuanto al disgusto sufrido por su anfitriona, como inevitable

reacción al desaire inferido de quien no había recibido más que atenciones de ella, lo veía como un mal intrascendente comparado con los sinsabores ulteriores que habría de sufrirlos si cedía a su nada edificante influencia. Subastar la belleza, encarnada en una mujer, ya de sí le parecía un acto de inmoralidad censurable. Pero si a esto se agregaba el designio de poner en marcha manejos fraudulentos, en detrimento del postor, tan pronto como la fortuna de éste le diera las espaldas, juzgaba que una acción así no se podía llamarlo sino un acto de pillaje. Y concluyó que ella no sería capaz de llegar a cometer tamañas iniquidades en procura de mejorar su posición socio-económica, que no sería bienvenida sino debido a sus propios esfuerzos y méritos.

Al evaluar el resultado de la visita efectuada a la gran ciudad, concluyó que, debido a sus experiencias de contenido ilustrativo, le fue altamente positiva. Las situaciones cotidianas, que antes se habían mostrado a sus ojos nimbadas de misterio, se patentaban ahora con claridad meridiana. Mas el nuevo aspecto que habían adquirido las cosas, tenía para ella un valor relativo, supeditado al cristal por el cual se lo mirase. Ahora bien, sobre este contexto había algo que se descollaba con valor absoluto y que, prendido en el pensamiento, le acompañaba desde el instante en que se produjera. Se trataba nada menos que del afortunado suceso de haberlo conocido personalmente al poeta Flavio Paredes della Fonte. Hasta entonces, ella jamás había tenido la oportunidad de conocer a uno de estos genios dotados de la sensibilidad para revelar la belleza o el sentimiento estético mediante la magia del lenguaje. Pues, respecto a los poetas, al margen de considerar a sí misma auspiciada por las musas, por increíble que parezca, había tenido la idea de que estos manifestaban características físicas que les diferenciaban notoriamente de las personas corrientes. Los suponía de temperamento extravagante y que llevaban aureolada la testa como se los presenta a los santos y semidioses. Mas, al comprobar que Paredes della Fonte en nada se diferenciaba de los demás y que, hallándose en un grupo de personas comunes, se le hubiera podido confundir con ellas, experimentó una inmensurable satisfacción. Entonces, ya podría forjar la ilusión de volver a tratarlo en algún lugar del futuro sin que la diferencia intelectual entre los dos fuera óbice. Pero ¿dónde, cómo y cuándo podría cristalizar sus aspiraciones? Eran interrogantes difíciles de poder responderlas. Pues, si contase con uno de sus libros, que sin duda se referían a asuntos trascendentales, si tuviese acceso a sus poemas, que tendrían la virtud de encumbrar el espíritu, si al menos conociese el título de sus obras literarias, para obtenerlas a cualquier precio, se daría ya por afortunada.

Este anhelo, difícil de materializarlo, con el pasar de los días iría intensificándose hasta convertirse en una obsesión que sentaría sus reales en su estado onírico. Entonces, convertida en protagonista de las más inverosímiles escenas desarrolladas en aquel colosal escaparate de tesoros históricos y artísticos denominado Roma, se vería siempre junto al poeta della Fonte.

El autobús continuaba reduciendo la distancia y, a su paso, develaba las mayestáticas acuarelas plasmadas por la naturaleza en el panorama azuayo, sucediéndose unas a otras, como en una secuencia de imágenes cinematográficas. Así pues, al arribar al Valle de Yunguilla, Jacaranda sintió elevarse al plano del embeleso con la contemplación de aquella fértil y espléndida campiña capaz de infundir en el ánimo inmensurable deleite y toda una gama de impresiones altruistas. En las dehesas, arrimadas a los cerros o tendidas con molicie en la vasta llanura, apacentaban indolentes las manadas, hendiendo el ámbito con mugidos que competían con las desaforadas voces del perro ladrador. Más abajo, en los valles y cañadas, la exuberancia de sus huertos frutales, sugería la idea de lo que sería la lujuriente opulencia del jardín del Edén.

Veía como fascinada los labrantíos pintados de sol y esmeralda, uniéndose unos a otros, como los cuadros de un colosal ajedrez, extenderse hasta el confín de la lejanía. Meditaba en su vital importancia que, a la par que avalaba el sustento físico de la comunidad, se constituía en la luminaria espiritual, elemento *sine qua non* carecería de sentido la existencia campirana. El labrantío era para el campesino subsistencia, alegría y razón de vivir.

Sin embargo, en evidente desprecio a la feracidad de esta tierra bendecida por la madre naturaleza, la viajera se encontraba a menudo con parcelas abandonadas a su suerte, como si de pronto sus dueños se hubiesen visto afectados por la decidía. Invadidas de cardos y de abrojos, presentaban un aspecto deprimente, aunque a veces se adornaran de espléndidos palacetes igualmente desiertos o al menos semidesiertos. Y veía con pesar cómo muchas de estas mansiones, dignas de ser moradas por gente principal, eran usadas como establos.

Le resultaba, pues, obvio de suponer que estos inmuebles habían sido contruidos por encargo de propietarios arraigados en Estados Unidos, quienes tardaban en regresar para disfrutarlos. Ejemplos no le faltaban de propietarios inmigrantes, en situación de eternos “ilegales”, que, previendo dificultades insuperables para el reingreso al país de residencia una vez que hubieren salido de él, no se aventuran a viajar a Ecuador. De modo que,

mientras pesara sobre ellos tan infame exclusión, difícilmente llegarían a conocer lo que tantas privaciones, sudor, y vejaciones les costara.

Tampoco desconocía Jacaranda que no raro que familiares de inmigrantes, en posesión de aquellas suntuosas viviendas (a veces circunscritas solo a su fachada), les asignen una función impropia a la que por lógica están previstas. Por consiguiente, contentándose con ocupar las piezas de más fácil acceso como morada personal, lo demás les convierten en establo, gallinero, gatero o desván. En cuanto a la parcela que circunda la casa, ni un solo azadonazo. ¿Para qué? ¿Acaso no recibían mensualmente una bonita suma de dólares procedente de la *Yunay*, suficiente como para correr con los gastos de manutención, indumentaria e incluso los llamados vicios sociales? Bueno, más tarde, cuando los hijos abandonados creciesen lo bastante como para ponerse en manos de usureros y coyoteros, ya repetirán la temeraria hazaña del padre expatriado. Hasta entonces ¡a divertirse muchachos, que la juventud no retoña!

Frente a esta sui géneris situación, más propia de orates que de gente preocupada por la superación, Jacaranda se preguntaba que si en realidad valía la pena sacrificar la felicidad del hogar arrastrado por la ilusión de convertirse como por ensalmo en magnates de las finanzas. Le parecía que un hombre que abandona a su familia, con el argumento de que en el extranjero le espera una fortuna fácil, no podía ser más que un insensato digno de lástima o, a su vez, un redomado pícaro que busca con ello disfrazar una cobarde defección. No obstante, la joven al analizar con mayor detenimiento las nefastas consecuencias surgidas en un hogar por la ausencia prolongada de su jefe, no pudo menos que concluir que parte de la culpa la tenía sin duda la esposa del emigrante. ¿Ella no obraba, acaso, con similar insensatez o ligereza al admitir para sí sola el gobierno del hogar, aun sabiendo que tarde o temprano, apremiada por múltiples e imprevistas circunstancias, se verá en situación de claudicar? En consecuencia, ambos cónyuges sabían de antemano que de tal separación, patrocinada por la codicia, no sobrevendría sino la inevitable disolución de la familia, o sea el prólogo de tragedias dantescas que advendrían a cada uno sus miembros.

Asimismo, como militante de la iglesia católica que lo era, se hallaba convencida de que el sacramento por el cual el hombre y la mujer se unían perpetuamente con arreglo a las prescripciones de la congregación, se debía cumplir a ultranza. El quebrantar sus preceptos le parecía un sacrilegio. “*Si algún día tengo que casarme —se decía—, será para respetar y hacer respetar su sagrada institución y honrar la majestad del hogar, sin que las vicisitudes alteren su estabilidad*”.

Y coincidiendo con esta reflexión, concluyó su viaje de regreso de la gran ciudad.

* * *

La breve ausencia de Jacaranda había parecido a todos una eternidad. Cuando la joven arribó a casa, Alicia tenía los ojos enrojecidos por el llanto derramado como consecuencia de la nostalgia sufrida. Se le había prendido la idea de que ya no le volvería a ver nunca más, y que, en semejante situación de desamparo, más le valdría morir que vivir sin su idolatrada hija un solo día más. Así pues, debido a esta tremenda congoja, que actuara como catalizador sobre alguna enfermedad grave y latente que sin duda venía padeciéndola, su precaria salud se desquebrajó aceleradamente al punto que apenas dos meses después dejó de existir. Su final no se presentó en medio de alaridos de dolor, como se podría suponer en una persona que siente alejarse irremisible y definitivamente de quien fuera la luz de sus ojos: su hija. Resignada y en beatífica paz, como se supone que se despiden de este mundo los santos, expiró con la sonrisa en los labios. Sin que en ningún momento se viera turbada la razón por el desequilibrio que a menudo origina el dolor en los moribundos, pudo impartir a su hija los consejos que, a su juicio, le serían indispensables para su futuro bienestar. Fue así como, invocando las valiosas cualidades morales de Wenceslao, imprescindible requisito en quien se postulara para esposo, le exhortó a unírsele en matrimonio. Y al obtener favorable respuesta, sintió que el corazón se le inflamaba de dicha.

También Wenceslao, pese a su natural apatía en todo lo que no representara el cumplimiento eficaz del compromiso adquirido para atender las labores de la finca, fue víctima incauta de una ráfaga de nostalgia. Porque, sin que fuera él capaz de relacionar la breve ausencia de Jacaranda con la inesperada alteración en el cauce de su ánimo, estable siempre, se vio asaltado por cierta desazón difícil de definirla. Como jamás se le había ocurrido, sintió de pronto que la tranquilidad se le saltaba en pedazos igual que una lámina de cristal que acabara de recibir una pedrada, y que sus fragmentos se le hincaban como puñales en el alma. Fue así cómo durante la eternidad de unas cuantas horas de ausencia, el sinsabor, cual negro nubarrón, lo mantuvo ensombrecido el talante.

Por lo demás, Merchaca se hallaba consciente de que, al no existir promesa de índole personal alguna que cumplir entre ambos, en nada vulneraba la relación de mutua amistad debido a la actitud que adoptase ella. Que se hubiera ido a divertirse y que, posiblemente, hubiere iniciado

una relación sentimental con alguien, era algo que él estaba lejos de poder remediar. Al fin y al cabo era ella el ama de la granja y él nada más que un simple labrador avenido por un salario estipulado. Por cierto, que durante la niñez hubieran sido amigos inseparables y que, por ese entonces se tuteasen, le parecía a Merchaca un detalle que no se lo debía tomar muy en cuenta, ya que la candidez de la infancia permite ver a todos como sus iguales. Más aún, mirando las cosas a través del cristal impreciso de la timidez y del complejo de inferioridad, suponía que, siendo él un sujeto virtualmente analfabeto y bueno para nada, ni siquiera debía soñar en pretender a su ama, una señorita de connotada inteligencia y considerada como la más hermosa del Valle de Yunguilla. ¡Diablos!... Y a propósito. ¿Acaso el mismo Satanás no se había enamorado endemoniadamente de ella?

No obstante, estas consideraciones nada alentadoras para un corazón enamorado y dignas de ser expuestas por un neófito en la prodigiosa esencia del amor, Wenceslao, con sólo elevar el pensamiento a Jacaranda, sentía abrasarse el alma como en las flamas de un volcán en perenne incandescencia. Y fue debido a esta razón que estuvo a punto de sufrir un infarto cuando Alicia, en presencia de su hija, se pronunció dirigiéndose a él:

—Muchacho, eres tú un buen hombre, sin duda el mejor de cuantos pululan por aquí —y volviéndose a su hija, continuó—: Y tú, mi niña, la más buena y linda de cuantas muchachas existen. De modo que ustedes son personas nacidas la una para la otra, creo yo. Estoy segura que de vivir Reinaldo, también lo hubiese opinado igual. Es más, anoche mismo se me presentó en sueños para decirme que su alma no descansará en paz mientras ustedes no se casaran entre sí. ¿Qué les parece muchachos?

Los jóvenes se miraron poniéndose rojos de vergüenza. Era la hora de la cena, y se hallaban sentados frente a frente en torno de la mesa, a punto de paladear los manjares que reposaban sobre ella. Ambos permanecieron silentes. Desde luego que para Jacaranda no radicaba sorpresa la declaración de su madre, ya que en repetidas ocasiones le había manifestado la conveniencia de este enlace. Pero tomada así de sorpresa junto a su potencial esposo, careció de la suficiente presencia de ánimo para escuchar algo tan trascendental. En cambio Wenceslao, sintiendo que la felicidad, de costumbre cicatera con él, se ponía de repente de su lado para guiarle hacia la gloria, experimentó tal emoción que le impidió coordinar todo posible argumento.

—Y bien, ¿qué me responden ustedes? —les invitó Alicia a pronunciarse, mirando desconcertada a los jóvenes que parecían

incapacitados para proferir palabra— Pues, ¿qué es lo que deciden ustedes? ¡Hablen muchachos! —los muchachos no decían pío—. Pues bien, no digan ustedes nada. Pero mañana mismo, en compañía de tu madrina Sara, que está ya al corriente de todo esto, visitan primero al jefe político y luego al padre Alonso. Pero por la tarde se me presentan casados tanto por lo civil como por lo eclesiástico. Así como me han oído. Porque vislumbro que mi fin se acerca y, para irme tranquila de este mundo —tomó significativamente la mano de su hija—, es indispensable que alguien se encargué de tu seguridad. Y para cumplir con eficacia tan difícil responsabilidad, qué mejor que un buen hombre como Wenceslao —dirigiéndose al aludido, añadió—: Y tú, muchacho, prométeme que respetarás a mi hija y procurarás hacerla feliz siempre.

—¡Lo juro por la sangre de Cristo, madre mía, que no viviré sino para verle feliz a mi futura esposa! —exclamó Wenceslao mientras se arrodillaba a los pies de Alicia y tomaba sus manos para cubrirlas de besos.

—Estoy segura, hijo mío, que lo cumplirás —Se dejó oír Alicia, esbozando una sonrisa en sus cansados ojos. Mas de pronto, adoptando gesto adusto, agregó—. Pues ten cuidado, muchacho, en honrar la palabra que hoy empeñas. Caso contrario, te juro que volveré de la tumba para pedirte cuentas. ¡Y durante todas las noches de tu vida te buscaré para, tomándote por los pies, arrastrarte por todo el valle!

La respuesta de Merchaca no fue otra que la lividez de su rostro atenazado por el terror. Si alguna vez le dijeron que de las suegras no había de fiarse, ahora ya lo sabía que tenían sobrada razón. Se quedó tan impresionado que, cuando su futura madre política añadió en tono conciliador: “*¡Qué Dios te bendiga y te ayude a labrar la felicidad de mi hija, muchacho!*”, apenas la escuchó.

Los jóvenes siguieron las instrucciones de Alicia al pie de la letra y, al día siguiente por la tarde, fueron ya esposos legitimados por la autoridad civil y bendecidos por la iglesia católica. Wenceslao no cabía en su alegría, viéndose inopinadamente convertido en marido de la mujer más codiciada de la comarca. Prisionero del más ominoso complejo de inferioridad, se hallaba plenamente convencido de que él, por sus propios méritos, no habría sido un buen partido ni siquiera para una de esas damas plantadas por los *mojados*, que se las veía languidecer de aburrimiento mientras esperaban dar caza a algún zoquete. Por tanto, lo que acababa de sucederle no podía parecerle sino el milagro de algún santo protector de los medrosos.

Jacaranda empezó su vida conyugal más resignada que complacida, aceptando la sociedad matrimonial como algo irremediable. Su madre, en

la creencia de que obrara con acierto, lo había dispuesto así. Suponía, por lo demás, que de haber estado presente su padre a la hora de aprobarle esposo, en beneficio de la permanente seguridad de su hija, no hubiera comportado de modo diferente. Estaba segura de que los padres, provistos siempre de aquella misteriosa intuición que les hace ver como un libro abierto el futuro de sus hijos, tienen invariablemente la razón cuando se trata de impartir consejos a estos. Tanto fue así que durante mucho tiempo no hubo de arrepentirse de haber unido su destino al de Wenceslao. El nubloso efecto de la resignación que, en un principio, le impedía distinguir la manera de ser de su esposo, con el transcurso de los días fue disipándose para dejar al descubierto cualidades dignas de admiración que, actuando como catalizador en sus sentimientos, generó un profundo amor por él.

A partir de entonces su hogar fue un auténtico recinto de felicidad que desafió con éxito las vicisitudes.

El advenimiento de sus tres hijas, Rosalba, Mariela y Gina, no hizo otra cosa que consolidar cada vez más aquel gran amor. Y ahora la primera de las susodichas niñas contaba con doce años de edad y cursaba el último nivel de educación primaria, la segunda tenía diez años y la última ocho. Se hallaban estas últimas en cuarto y segundo niveles respectivamente.

Sin embargo, Jacaranda, al revisar sus recuerdos, hubo de admitir que no todo fue felicidad en su hogar. Pues, apenas iniciada su vida conyugal, la trágica muerte de Alimidel Uribe y Augusto Corrales, jóvenes militares y fugaces pretendientes suyos, si bien ella nada tuvo que ver en el desarrollo del suceso, vino sin embargo a perturbarle la tranquilidad.

CAPÍTULO SIETE

Augusto y Alimidel

Todo había sucedido cuando Jacaranda, aún sin saberlo, se hallaba a un paso de abandonar el colegio a consecuencia del repentino deceso de Reinaldo, su padre. Suceso que coincidió con la época que ella, habiendo superado el ambiguo tránsito de la adolescencia se convirtió en una mujer de proverbial belleza que infundía candentes emociones aun en el más gélido de los varones. En consecuencia, pese a que en El Vergel no faltaban mujeres realmente guapas, los moscardones del pueblo, cada quien más apasionado, con el afán por conquistarla a toda costa, se tornaban cada más audaces. Así, en tal estado de ánimo era normal que sus demandas la hicieran adornadas de frases tomadas de un repertorio de

expresiones opuesto a la elegancia. Por lo demás, era ese su estilo lo mismo cuando se enternecían que cuando se enardecían.

En todo caso, nuestra joven se había acostumbrado pronto a las impertinencias de los donjuanes de profesión e improvisados, correspondiéndolas maquinalmente con el arma de la fría indiferencia. Sin embargo, había roto la regla de su rígido comportamiento con ciertos forasteros y amigos entre sí, a quienes les bastó una sola mirada para que se enamorasen profunda y definitivamente de ella. Eran bien parecidos y elegantes, muy jóvenes, casi adolescentes, llevaban el cabello corto y, a juzgar por el lujoso automóvil que lo ocupaban, debían pertenecer a familias acaudaladas. Infortunados mozos, se hallaban lejos de imaginar que, meses más tarde, este amor irrenunciable, les conduciría a la ruina de ambos.

Jamás se olvidaría Jacaranda su encuentro casual con aquellos jóvenes forasteros. Era un domingo y el momento que ella salía de la iglesia, quizá las once de la mañana, cuando se la abordaron sonrientes y ceremoniosos a la vez, dejándola oír la salutación más graciosa que hasta entonces hubiera escuchado. Le agradó la cortesía de los jóvenes, una flor exótica en un abrupto lugar donde la cháchara y el desparpajo eran la moneda corriente en las relaciones humanas, y no tuvo inconveniente en platicar brevemente con ellos. Fue así como supo que el uno se llamaba Alimidel Uribe y Augusto Corrales el otro, que estudiaban en la academia militar de Cuenca y que eran oriundos de Machala. Fue todo lo que consiguió saber de los cadetes, puesto que, según le dijeron, tenían prisa en llegar al puesto militar asignado. Pero le aseguraron que en cuanto dispusieran de una fracción de tiempo regresarían para continuar con la plática interrumpida, ya que verla y amarla había sido una sola cosa para ellos. Sin embargo, pasaron los días y no se los volvió a verlos por allí.

En tanto Jacaranda se había visto en un dilema al reflexionar sobre la impetuosa declaración amorosa de los cadetes, ambos fervientes enamorados suyos, y se preguntaba cuál debía ser la actitud acertada frente a ellos para no herir los sentimientos de ninguno de los dos. De ahí que se confesaba impotente de poder esbozar una salida plausible, porque le agradaba tanto Alimidel como Augusto. No obstante, transcurría el tiempo y nada conocía de la suerte corrida por ellos. Por tanto, supuso con cierto alivio que el fervor de aquellas promesas se había desvanecido en cuanto dejaron de verla. Pronto de este agradable suceso no le quedó sino un grato recuerdo. Pero el tiempo le tenía reservado, con respecto a sus admiradores, un serio disgusto.

Meses después, acatando la perentoria disposición de su moribunda progenitora, aceptaría resinada casar con Wenceslao Merchaca, su compañero de juegos de la infancia y actual jornalero, por quien no había sentido antes más que amistad. Tal era su desafecto por él que, cuando lo tomó por esposo, sintió con inmensa amargura que acababa de echar por la borda toda la felicidad a la cual tenía derecho. Si en su condición de mujer clamaba por ser amada, de igual forma ansiaba poder amar con el alma al hombre con quien edificaría su hogar. Consecuente con este anhelo no cejaba en buscar un resquicio en su corazón que le permitiese a Wenceslao ingresar en él, pero la muralla que lo guardaba era sólida e inquebrantable.

Pobre Wenceslao, no obstante su diáfano e inmensurable amor tributado a su flamante desposada, aunque de manera diferente, se veía también amenazado por las consecuencias de una forzada unión diseñada por una agonizante madre que ante todo buscaba la seguridad de su idolatrada hija. Y Jacaranda, lejos de pretender hallar en el divorcio la solución de su inconformidad, invocaba a Dios el advenimiento de un milagro que le consintiese amar con lealtad a su esposo.

Y el milagro se produjo.

Pues bien, ya fuese un favor llegado desde lo alto, ya fuese mera casualidad o ya fuese simplemente la reacción natural de un persistente deseo, lo cierto fue que de repente se abrieron para Wenceslao las puertas del corazón de su amada. Y desde entonces le amó a su esposo con esa pureza e intensidad que son privativas del primer amor.

Habían transcurrido ya cuatro meses desde el casamiento y casi uno de amarse mutuamente, experimentado ambos que nada era comparable a la felicidad de amar y ser amado, cuando una aciaga sombra se abatió sobre ellos. Era pues un domingo, día que viene cargado siempre de novedades, sobre todo en los lugares de alta densidad demográfica, donde la gente, al no saber que hacer con el tiempo libre, lo destina a veces a distracciones temerarias. Y fue precisamente cuando el albur les sorprendió con un fenomenal disgusto a la pareja.

Los tórtolos, luego de bajarse del autobús que les había transportado hacia El Vergel, como distracción inicial de su día de asueto, decidieron visitar el plácido parque de la ciudad, llamado poéticamente “Rincón de los Enamorados”, seguros de que en medio de tanta acaramelada pareja que acudía allí, disfrutarían de absoluta soledad, entregados el uno al otro. Tomados de la mano y respirando alegría se dirigían a la idílica alameda, cuando de pronto dos hombres de uniforme militar y cara de pocos amigos les cerraron el paso.

Ambos ostentaban insignias del grado de teniente. Eran naturalmente jóvenes, esbeltos, bien parecidos e idénticos entre sí, que daban la impresión de ser el uno clon del otro. Venían seguidos de varios sujetos de la localidad que, conocedores del operativo que los militares se proponían dar, no habían querido perder detalle de él.

—¿Es usted Jacaranda Bueno? —le interrogó a la joven uno de los tenientes, remarcando con intención el nombre. Pues era evidente que tal énfasis no obedecía a un supuesto respeto sentido por ella, sino que más bien llevaba implícito el sarcasmo.

—Sí, fue ese precisamente el nombre de la aludida dama antes convertirse en la señora de Merchaca —Respondió Wenceslao de inmediato, impidiendo que fuera Jacaranda quien emitiera la respuesta y dejando cohibidos a los militares, que ventearon la indirecta—. Soy Wenceslao Merchaca, su esposo. Y a propósito, ¿por qué requieren ustedes conocer si es ese el nombre de mi esposa?

Los curiosos que se habían ido acumulándose en torno de los jóvenes esposos, al tanto del abuso de los Derechos Humanos con que proceden los militares, especialmente en lo que a interrogatorios se refiere, quedaron estupefactos al testificar la energía con que Wenceslao se enfrentaba a los perdonavidas de uniforme. “*Lo van a golpearlo aquí mismo y luego lo arrestarán*”, pensaron unánimemente. Mas, nada de ello sucedió.

—Mis felicitaciones, señor Merchaca, por lo afortunado que ha sido usted en elegir para reina de su hogar a tan distinguida dama —dijo el militar que llevaba la voz cantante, apeándose de su altanería inicial y endulzando la expresión—. Sin embargo, es necesario que la señora Merchaca conteste la pregunta que debo formularle.

—¡Encantada! —Respondió presta Jacaranda, evitando que Wenceslao volviera a intervenir para detener lo que él suponía una gratuita e intolerable impertinencia de los militares— Adelante oficial. Véngame esa pregunta.

—Pues bien, señora Merchaca, por lo visto infiero que usted desconoce en absoluto lo que hace sólo unas horas ha ocurrido a poca distancia de aquí, con más exactitud en el parque Rincón de los Enamorados, ¿verdad?

El militar era sin duda experto en los tejemanejes de la actividad de indagar, ya que con el propósito de estudiar la reacción de su interpelada aparentaba condescendencia con ella. Mas, al reflexionar que esta vez nada en claro podía reportar su argucia, preferiría ir al grano.

—No sé realmente a lo que se refiere usted, oficial —replicó Jacaranda en referencia a la pregunta que éste le había formulado un instante antes.

—Vamos. Pues simplemente al duelo de los subtenientes amigos suyos, que infortunadamente ha terminado con la vida de los dos. Dígame usted con absoluta franqueza, ¿si últimamente ellos no han estado viéndose con usted? Recuerde que su respuesta podemos verificarla luego con facilidad.

Jacaranda que acababa de hacerse cargo de las graves insinuaciones de su inquisidor, empalideció y sintió que las piernas no la respondían. Hubo de apoyarse en el brazo de su marido para evitar caerse. Éste, a su vez, se puso yerto con lo que acababa de oír. Pues no concebía que alguien se atreviera a poner en tela de duda la decencia de su esposa. Hubiera deseado, asiéndole por el cuello, zarandearlo al insolente, pero el asombro lo tenía inmovilizado.

—¡Teniente, no hay derecho para este interrogatorio avieso e ilegal a una respetable dama, conocida por todos sus coterráneos de su impoluta honorabilidad! —protestó un hombre de recia voz y recia contextura, que se había sumado al grupo de curiosos— pues, si usted tiene cargos que formular en su contra, hágalo mediante la acción judicial correspondiente y en presencia de su asesor legal, mas no bajo coacción y en plena vía pública. Esto es un atropello a la majestad de la Ley.

“Ahora si los milicos tienen sobrado pretexto para ensañarse con un civil”, se dijeron para sí los presentes. Y, procurando curarse en sano, fueron retirándose paulatinamente del hombre que acababa de intervenir.

—¡Por todos los diablos! ¿Quién se ha creído usted para meterse en donde no le llaman? —vociferó el uniformado que hasta ahora había permanecido callado, mientras que, con la mano en la culata de la pistola, se le iba acercando al hombre de la recia voz— Acaban de matarse dos valiosos miembros de las Fuerzas Armadas, en la flor de su edad, por culpa de esta pécora con cara de yo no fui, y se atreve usted a cuestionar nuestra intervención. ¿Pues qué carajo le sucede a usted?

—Para su información, teniente, soy el doctor Laurencio Maldonado y poseo mi bufet de abogado en esta plaza —Se explicó ecuánime el jurisconsulto.

Las ínfulas del militar se arrugaron notablemente y, en consecuencia, retiró la mano de la culata de su pistola. Dejó también de avanzar hacia el doctor Maldonado.

El teniente que había intervenido antes de su colega, retomó la palabra sin desviarse de su propósito inicial que consistía en averiguar, extraoficialmente y de inmediato, qué grado de responsabilidad tenía Jacaranda en el estallido pasional que les había llevado a batirse a los malogrados subtenientes en el transcurso de las primeras horas de la mañana de aquel mismo día.

—Señora Jacaranda, sabemos con certeza que el motivo del duelo fue usted. La sola mención del nombre suyo por uno de los duelistas sirvió para enardecer la sangre del otro, motivado por los celos. Este detalle ilustra perfectamente que tanto Uribe como Corrales tenían algo que ver con usted.

—Los vi por una sola vez y nada más que por unos minutos a los caballeros que usted menciona, por qué razón habría de negarlo yo —se dejó oír Jacaranda, rehaciéndose con prontitud de su postración anímica—. De aquello hará unos siete u ocho meses. Dijeron ellos que se dirigían hacia un puesto militar que se los habían asignado. Desde entonces no los he vuelto a ver más.

Fue entonces cuando resonó la enérgica voz del capitán de la unidad militar acantonada en El Vergel, que casualmente pasaba cerca y había escuchado las últimas frases de los tenientes. Este oficial de genio áspero y de pocas palabras, se distinguía en cambio por su inquebrantable rectitud.

—La señora no ha dicho más que la neta verdad. Por tanto, es impropio que se la importune —dirigiéndose a sus subordinados les reprendió iracundo—: Y ustedes, imprudentes caballeros, ¿por qué buscan involucrar a personas inocentes no obstante que el panorama de los acontecimientos no puede ser más diáfano? Les ordeno regresar de inmediato al cuartel. ¡Vamos, caballeros! —acercándose respetuoso a Jacaranda, añadió —: Señora mía, en nombre de mis subordinados y en el mío propio, ruego a usted aceptar mis sinceras disculpas. Usted se hará cargo del mal entendido “espíritu de cuerpo” que prima entre los miembros de nuestras Fuerzas Armadas que muchas veces impide apreciar las cosas en su exacta dimensión.

Y luego de despedirse cortésmente del flamante matrimonio Merchaca y de exhortar a los curiosos a retirarse, el oficial se alejó con rumbo de su acantonamiento.

Luego de tan desagradable incidente, a Jacaranda y mucho menos a Wenceslao les quedó deseo de continuar en la ciudad, siendo blanco directo de la malévola curiosidad de sus coterráneos. Pero antes de regresar a Bonanza, como era lógico, quisieron conocer lo acaecido en esa mañana.

Y lo supieron de buena fuente.

Los jóvenes militares, alegres y bastante bebidos, habían ingresado cerca de las cinco de la mañana en la taberna “El pato rojo”, la única en todo el pueblo abierta a esas horas. El uno traía bajo el brazo una guitarra, y el otro, una botella de coñac a medio consumir, pero ambos traían al cinto su respectiva pistola de reglamento. Luego se supo que el de la guitarra se

llamaba Alimidel Uribe y Augusto Corrales el de la botella. Venían de Machala.

Una semana antes se habían graduado, con honores, de subtenientes y el festejo de tan importante evento lo habían prolongado hasta este momento. Primero, como era natural, lo hicieron cada uno con su respectiva familia. Luego, se reunieron para rendir juntos homenaje a Baco, de quien eran fervientes devotos. Achispados y respirando júbilo por todos los poros visitaron alternativamente objetos de viejos y nuevos amores y albergues de dudosa reputación sin que el prurito de solazarse pareciera agotarse. Tampoco el dinero que iban tirando a manos llenas aquí y allá parecía sufrir el menor quebranto. Por su parte, los progenitores de aquellos hijos pródigos, magnate bananero el uno y camaronero el otro, miraban orgullosos las calaveradas de sus vástagos, con la certeza de que ellos se divertían legítimamente. Y considerando que la vida sin mujeres ni música ni canciones no valía la pena de vivirla, les fomentaban el gusto por las juergas.

Fieles a aquellos edificantes consejos, procuraban los flamantes militares que los días fueron pasando para ellos saturados de alcohol, mujeres, risas y canciones.

Esa noche se hallan en Puerto Bolívar, en casa del coronel Rubiales, de visita a las simpáticas hijas de este marcial caballero, por quienes sentían cierta atracción sentimental. Las señoritas Rubiales eran dos: Joaquina y Oristila. Graciosas e inteligentes pero lamentablemente pequeñas de estatura, casi enanas, no constituían ninguna tentación para los galanes de la localidad que, como a menudo suele suceder con quienes se jactan de buen gusto al momento de elegir novia, las preferían altas, esbeltas y nada perspicaces. Desde luego que también nuestros jóvenes militares eran de similar opinión. Sin embargo, por esas cosas inexplicables con que a veces te sorprende la vida, Corrales, habiendo mirado siempre con indiferencia a Joaquina, de repente se vio atraído por ella. Y claro, ya fuese por espíritu de cuerpo o ya fuese porque la indisoluble amistad entre los dos jóvenes exigía permanecer juntos en las buenas y en las malas, Alimidel se sintió obligado a cortejar a Oristila.

Las chicas, que clamaban al cielo por un milagro así, acogieron placenteras las pretensiones de tan distinguidos galanes que significaba a cada una de ellas el feliz advenimiento de su príncipe azul. También el coronel, luego de sopesar el potencial alcance de sus hijas y el caudal de los padres de los amantes de ellas, magnates de la exportación, coligió que no pudieron haber esperado un mejor partido. En consecuencia, les abrió hospitalario las puertas de su casa.

En compañía de las citadas damas y también de varias personas, invitadas por aquéllas para celebrar la graduación de sus prometidos, lo estaban pasando de lo lindo: libaban, cantaban y bailaban con sus novias. No obstante, lo de “lo lindo” era sólo aparente. Porque, inopinadamente, Alimidel le anunció a Augusto que él se retiraba de allí, ya que se proponía viajar de inmediato a El Vergel. Adujo que una misteriosa fuerza, superior a su voluntad, le atraía a ese lugar como un poderoso imán. Además, seguro de que su amigo esgrimiría alguna persuasiva razón orientada a disuadir su designio, le previno que nada ni nadie serían capaces de desistirlo. Mas, para su sorpresa, Augusto le confesó que también a él le ocurría lo mismo y que le acompañaría encantado.

Y mientras dejaban la sala de baile de casa de las niñas Rubiales, luego que se hubieran despedido a la francesa, se revelaron mutuamente el anhelo de volver a mirar a Jacaranda.

Arrebataron a viva fuerza la guitarra que sostenía uno de los músicos que amenizaban la fiesta. Subieron al coche y partieron como una exhalación con rumbo a Machala. Una vez allí, tardaron únicamente lo necesario para vestir el elegante atuendo militar, el mismo que los habían usado en la ceremonia de graduación. Tal vez, en lo íntimo de su ser, no deseaban impresionar a Jacaranda, sino verse elegantes para desposarse con la muerte.

Cuando ingresaron en la taberna de “El pato rojo”, que, contraviniendo la ordenanza policial por imposición de unos recalcitrantes *mojados* recién arribados al terruño, se hallaba aún abierta, nadie les notó abrumados ni mucho menos poseídos por la obsesión. Todo lo contrario, se mostraban ecuanímes y la alegría les endulzaba el semblante. Sonrieron con simpatía a los trasnochadores parroquianos, que a su vez les retribuyeron con recelosas miradas, creyéndolos emisarios de la autoridad. Los *mojados*, con la mente nublada por el alcohol, los habían confundido con miembros de una patrulla policíaca. “*Van extorsionarnos con la amenaza de arresto bajo cualquier pretexto*”, musitaron. Pero los uniformados los desengañaron pronto.

El subteniente Corrales, yendo directamente a la barra, se situó frente al tabernero, un mozo rechoncho y piloso que tenía el aspecto de un oso. Y mientras le indicaba a éste su botella de coñac a medio consumir, le ordenó terminante:

—¡Oiga usted! Sírvale a la concurrencia una ronda de este mismo licor. Hoy es un día muy especial para nosotros y queremos que los presentes beban a nuestra salud. Corro yo con la cuenta, por supuesto.

—¡Pues cuando Corrales y Uribe beben, todo el mundo bebe! —exclamó eufórico el militar de la guitarra, manifestándose de acuerdo con la ocurrencia de su amigo y colega.

Los parroquianos recibieron con un sonoro aplauso la oportunidad de libar coñac gratis. Algunos se levantaron, para acercarse a los militares y expresarles su gratitud con un abrazo, pero lo pensaron mejor y volvieron a sentarse. Conjeturaron que en el transcurso de la velada, de continuar las cosas como habían empezado, ya tendrían oportunidades mejores para demostrarles que no habían obsequiado a unos ingratos.

Uribe, con una leve venia, le exhortó al tabernero apresurar el cumplimiento de la orden impartida. Pero éste le respondió atribulado que en su establecimiento ni siquiera se conocía semejante exquisitez.

—Lo mejor que tenemos es Ron Bacardi —añadió el cantinero—, puesto que los parroquianos lo prefieren a otro licor exótico que por lo general cuesta mucho y su calidad vale poco. Por lo demás, ¡el Bacardi es amor líquido!

—Bueno, si es así, entonces, ¡Ron Bacardi para todos, incluyendo nosotros! —Convino Alimidel Uribe.

En adelante los militares, desentendiéndose de los demás, se dedicaron a divertirse solos. Pronto dieron cuenta del coñac que les quedaba y luego no tuvieron inconveniente en escanciar de la botella de ron que el tabernero la puso en su mesa. Y mientras más libaban más contentos se ponían. Corrales, tomando la guitarra que llevaba Uribe, la arrancó hábilmente cadenciosas notas que de inmediato fueron acompañadas de las melódicas voces de ambos amigos, demostrando ser excelentes trovadores.

Los *mojados* les escuchaban en silencio y se miraban con aprobación. Hubieran deseado premiarlos con nutridos aplausos luego de cada canción, ya que lo estaban pasando de maravilla, mas, entendiendo que aquel repertorio musical tenía carácter privado, aplacaron sus impulsos, limitándose a escucharlo en silencio.

Luego de cantar varias canciones, los cantantes entraron en un periodo de receso que fue utilizado nada más que para libar. A momentos miraban con signos de impaciencia el reloj, como si esperasen el advenimiento de algo importante. Y vaya que lo era.

El esperado instante de ver a Jacaranda no podía ser más importante para ellos. Ambos se habían enamorado apasionadamente de la bella muchacha, los dos soñaban con llevarla al altar vestida de albo tul y coronada de azahares, ambos habrían dado gustosos la vida por ella y también los dos conocían mutuamente lo que les sucedía. Sin embargo, fusionados desde el

albor de la existencia por la excelencia de la amistad, la víbora de los celos no tenía cabida en el corazón. El uno al otro decía que ganase el mejor.

—Y ahora, *ñño*, permítame que sea yo quien acaricie la guitarra —profirió Alimidel, recobrando su instrumento musical—. De pronto me acordé de “Besos brujos”, aquel bolero que solía cantar el teniente Román a la rubia de La Ensenada. ¿La recuerdas?

—¡Magnífico! —lo aprobó Augusto— Créemelo que me gustaría volver a oírlo.

Cantó Alimidel poniendo el alma en cada verso, como si las divinas Euterpe y Terpsícore le guiaran con su respectiva iluminación. Los oyentes se vieron inopinadamente acariciados por un manantial de candorosas emociones. Ahora si que los *mojados*, sin poder resistir más el entusiasmo, quisieron tributarle al cantante apoteósicas ovaciones, pero, temiendo lastimar la sensibilidad artística del cantor con sus destemplados gritos, terminaron por continuar silentes. De modo diferente Augusto, sintiéndose tocado por la exaltación, no tuvo reparo en ensalzar fervoroso las dotes artísticas de su amigo, no obstante que también él se valoraba como un cantante de primera línea. Y sin esperar que el aplomo le devolviera la compostura, pidió, más exactamente, ordenó a su camarada que cantara cierta canción compuesta por el mismo en honor de Jacaranda.

—¡*Ñño, ñño* —dijo, sintiendo el corazón a punto de estallar por la emoción—, nunca podré cantar “Jacaranda” como lo harías tú con tu voz privilegiada! Conoces tanto la letra como también la música de ella, puesto que en diversas ocasiones me la has oído cantar. Vamos. Cántala ahora.

Alimidel esbozó una misteriosa sonrisa, pero nada dijo ni acató la exigencia de su amigo.

Augusto insistió vehemente:

—Quiero oírla ahora mismo cómo se la escucha en otros labios la composición que, con inmensurable amor, la compuse a la dueña de mi corazón, la futura señora de Corrales. ¡Cántala para mí!

Alimidel perdió el color y un suspiro fuerte y prolongado seguido de una espiración, acompañada de un gemido que denotaba honda pena y ansiedad a la vez, amenazo con hurtarle el equilibrio. Le pareció imposible de escuchar lo que acababa de oír de labios de su incondicional amigo por quien no hubiera tenido reparo en sacrificarse. Sin embargo, acababa éste de pronunciar la frase fatal.

—Bien sabes, *ñño* mío, que no haré lo que me pides —exclamó Uribe, encarándose con Augusto—. Conozco la letra de la cancioncilla, que en esencia se refiere a Jacaranda como tuya o de nadie. ¿Olvidas, acaso, que también yo la amo con toda la fuerza de mi corazón y que no cejaré hasta

verla convertida en mi mujer? Y bien, te prevengo que si persistes en tu cínica actitud, pues créeme que me olvidaré que eres mi amigo para ver en ti al peor de mis enemigos, y en consecuencia, te partiré el corazón de un balazo.

Finalmente los celos se le habían presentado en su expresión más letal.

Augusto le contestó, como si tal cosa lo hubiese esperado:

—Que se haga lo que tú dices, ¡qué para morir nací!

Uribe depositó cuidadosamente su guitarra sobre la mesa, como si temiera estropearla por falta de prevención en aquella sencilla acción, en tanto que Corrales abono al tabernero el consumo, sin olvidarse de halagar su voracidad con una significativa propina.

Estipularon el desafío usando términos cordiales, como si se tratase de ultimar los detalles de una amena celebración, y fueron de inmediato a batirse en el parque “Rincón de los Enamorados”, que casualmente se hallaba frente a “El pato rojo”, al otro lado de la calle.

Nadie intentó disuadirles de semejante designio. Más tarde dirían los testigos del incidente que derivara el reto, que toda aquella escena no les había parecido más una macabra broma elaborada con el propósito de divertirse; que incluso cuando escucharon las detonaciones procedentes del vecino jardín, las supusieron parte de la programada calaverada. Añadieron que, en consecuencia, nada supieron del trágico suceso hasta cuando, minutos más tarde, oyeron a unos transeúntes comentar acerca de él.

Sin embargo, el cruento acontecimiento lo fue presenciado por varios sujetos que coincidieron en caminar cerca de los militares precisamente cuando éstos, situados el uno enfrente del otro, a unos veinte pasos de distancia entre sí, disparaban recíprocamente sus pistolas. Por ellos se conoció que Uribe fue el primero en caer con el pecho atravesado, mientras expresaba a su antagonista: “*Ni así dejaré de amarla*”. En cambio Corrales, no obstante haber recibido un tiro en el pómulo izquierdo que le arranco la mitad de la cabeza, se mantuvo de pie por unos segundos, permitiendo que la sangre se le derramara como una cascada a lo largo de su atlética anatomía. Luego se desplomó sin exhalar un solo estertor. Seguramente su último pensamiento lo fue para Jacaranda.

Este aciago suceso que por un momento conmocionó a El Vergel con su trágico desenlace, no alcanzó sin embargo caracteres de escándalo en detrimento de Jacaranda, a pesar de perfilarse ella como su responsable indirecta. Nadie del florido cantón se permitió mirarla como a una mujer fatal. Los hombres continuaron codiciando su amor y las mujeres envidiando su belleza.

No obstante, Jacaranda jamás conseguiría borrar de la memoria este suceso que a menudo le perturbaría el sueño con imágenes cruentas que socavaban la paz. Sentía ensombrecer la tranquilidad en cuanto algún detalle relacionado con los malogrados jóvenes militares, obrando como un detector de recuerdos, recreaba con sádico vigor las incidencias de la tragedia, señalándola como su fatídica responsable. El transcurso del tiempo, que de ordinario lima las aristas de las funestas remembranzas, jamás pudo ablandar las dolencias del alma.

CAPÍTULO OCHO

El calor del hogar

—¡Qué contrariedad! El precio del mango ha descendido ostensiblemente como nunca antes —se lamentó Wenceslao, mientras, sentado junto a su esposa, en el pórtico de su casa, miraba las gallinas que escarbaban en el patio—. La producción en la península de Santa Elena de una fruta de mejor calidad ha dejado a la nuestra en segundo y hasta en tercer lugar. Aunque el de la papaya, la naranja, la lima y el limón se mantiene firme. Pues en cuanto al del melón, la sandía, la granadilla, la guaba, la guayaba, la chirimoya y el níspero ha tenido una pequeña elevación. Con todo, esto no debe servirnos de consuelo, ya que nosotros producimos mango más que otra cosa.

—Pero por qué inquietarnos por un problema que no es más que coyuntural —opinó Jacaranda, sin borrar de sus ojos la hermosa sonrisa que le caracterizaba—. Pues ya vendrán mejores días y lo que sucede ahora en nada afectará la situación de mañana. Esposo mío, afortunadamente, aunque no tanto como mangos tenemos también frutas que no se han depreciado. Sobre todo el níspero, debido a que pertenece a una variedad casi única en el país, será siempre muy estimado.

Wenceslao distendió de su expresión el gesto de preocupación. El razonamiento lógico de su esposa había tenido en él la virtud de elevar el ánimo, presentándole las cosas más llevaderas. *“Lo que dice ella tiene sentido —reflexionó—. No en vano estudió hasta el quinto año de secundaria y, además, ha sido alumna permanente de su señora madre, quien fuera profesora universitaria antes de trasladarse acá. Por otra parte, ha leído más libros que el mismo doctor Abad. Por tanto, sabe perfectamente lo que dice —.”* Y añadió para Jacaranda:

—Entonces, relegando a segundo plano el cultivo del mango, incrementaremos la producción de las demás frutas, al menos las de ciclo corto, ¿qué te parece, mujer?

—¡Claro! —aprobó la aludida mientras atisbaba el camino que, a un centenar de pasos más allá de la casa, se perdía entre los árboles frutales.

—Ventajosamente, tierras no nos faltan, y hasta se diría que nos sobran.

—Nunca están demás las tierras cultivables por mucho que se las tenga —replicó la mujer, sin dejar de mirar con insistencia el camino. Esperaba de un momento a otro ver aparecer a sus hijas de regreso de casa de sus abuelos, los padres de Wenceslao.

“Claro —meditó Wenceslao, descontento de su precipitada apreciación—. *Ellas nunca están demás. Lo debo tener presente como agricultor que me precio de serlo. No obstante, en esto y en lo demás, por cuidado que ponga en lo que digo, jamás acierto. ¿Me falta en realidad esa inteligencia que, en cierta ocasión, el maestro Lumbrera me acuso de carecerla?* —.” Y pese a una década y más transcurridas desde entonces, lo recordó textualmente aquel reproche.

«—*Deberías más bien dedicarte a algo que no requiera de mayor inteligencia y concentración como el estudio* —le había recriminado decepcionado el profesor de matemáticas, entregándole al mismo tiempo las notas del último examen—. *Pues míralas, muchacho: cero para todas las preguntas, que sumados todos ellos dan como resultado la suma de un cero exacto. En otras palabras, una completa vergüenza tanto para ti como para mí.*»

Lo aceptó compungido que él no era precisamente una lumbrera, puesto que cada vez que habría la boca no era más que para decir algún dislate. La falta de perspicacia sería en él una ominosa carga que la llevaría a costas siempre. Pero se consoló pronto al meditar en que, a pesar de todo, había tenido suerte, mucha suerte, quizá demasiada suerte. Pues sino ¿cómo podía explicarse que resultara él, pobre e inculto sujeto, el elegido por Jacaranda para unírsela en matrimonio, dejando de lado excelentes partidos como lo eran muchos *mojados*? Y deseó ardientemente con ser rico, muy rico, inmensamente rico para llenar de comodidades a su esposa y a sus hijas como nunca las hubiesen soñado.

Jacaranda, como si adivinara el pensamiento de Wenceslao, lo miraba fija e inquisitoriamente a los ojos.

“*Me ha descubierto* —pensó él mientras simulaba mirar con persistencia las gallinas que escarbaban en el patio—. *Siempre sucede así. Mi sospecha de que ella es adivina no debe andar demasiado descaminada.*”

—Debo ir a por las vacas antes de que se haga demasiado tarde —dijo Wenceslao Merchaca, levantándose del lado de su mujer, para tomar acto seguido el camino que un poco más allá se ocultaba bajo fronda.

Jacaranda, aunque sabía que su marido se valía del pretexto de vigilar las vacas únicamente para evitarla, nada dijo. Estas escenas de evasión eran muy corrientes en él. Creyéndose, de repente, descubierto en sus más recónditos pensamientos, si bien nada reprochable tenía que ocultar, ponía pies en polvorosa, ansioso de salir de un imaginario aprieto. Su complejo de inferioridad, respecto a su culta y sagaz esposa, era conmovedor por decirlo menos.

Desde luego que a esta sui géneris actitud nunca terminó por acostumbrarse Jacaranda. Por el contrario, se sentía incómoda ante estos actos que no avalaban una confianza recíproca entre ambos, indispensable elemento para edificar un futuro común exento de incertidumbre. Para ella el matrimonio era una sociedad muy especial que, en virtud de su prerrogativa, confería a cada uno de los cónyuges igualdad con respecto al otro, haciéndole copartícipe de mutuos y similares usufructos y aspiraciones. De manera que la falta perenne de auto estima en Wenceslao, representaba para ella un óbice de insuperable solución en la conquista de la felicidad absoluta. Cuánto no habría dado por conseguir erradicar aquellos nubarrones que a veces ensombrecían el cielo de su dicha.

Paradójicamente, gracias a esta anomalía en la idiosincrasia de su marido, experimentó siempre una sensación de absoluta seguridad en su función netamente de esposa. El amor, la dedicación y la constancia que Wenceslao concedía tanto a ella como a sus hijas, no admitía la menor sombra de duda acerca de su sinceridad. Jacaranda se hallaba convencida de que el consuetudinario complejo de inferioridad que adolecía el rey del hogar, contribuía a magnificar el amor que normalmente eran acreedores los suyos, cosa que, bien mirado, favorecía principalmente a ella, ya que le ponía al abrigo de potenciales infidencias de aquél. Y sentía una enorme complacencia cifrada en la certeza de que jamás se apartarían, que verían juntos crecer a sus hijas y que también envejecerían ambos juntos.

Jacaranda, desde el corredor de la casa, donde permanecía sentada, veía alejarse a su marido por el camino que conducía al potrero. Caminaba con esa elasticidad felina que se gastaba en cada uno de sus movimientos, dándole la impresión de que flotaba. De facciones agradables, atlético, ágil y presto a sonreír a la vida —lo típico en un *chaso* bien nacido—, era Wenceslao Merchaca un hermoso ejemplar de la raza humana. Alicia, que veía también sus virtudes intrínsecas, lo calificaba de excelente muchacho, y gravitó en su favor para que su hija lo tomase por esposo. Ahora

Jacaranda, a mucha distancia de la desaparición física de su madre, pensaba que ella no se había equivocado en adjudicarlo dicho calificativo, ya que a lo largo del tiempo no se habían inscrito los actos de él más que en el esmero y la lealtad.

La evocación de su madre trajo al espejo límpido de su memoria otras remembranzas importantes de su vida, difíciles de que la acción del tiempo pudiese desvanecerlas, porque se habían calado profundamente en el recuerdo. En efecto, sintiendo aún lacerada el alma por el dolor, recordó la muerte de su padre, suceso que cambiaría el curso de su vida hacia un rumbo imprevisto, ya que en adelante sería ella misma quien tomaría las decisiones en pro de su futuro. En cuanto a su madre, su amantísima madre, víctima de una vieja y soterrada dolencia, incrementada por la muerte de su esposo, no le sobreviviría a éste más que un reducido tiempo que, sin embargo el sufrimiento, habría de convertirlo en una eternidad.

CAPITULO NUEVE

Wenceslao se comporta de modo extraño

La vida en el bucólico paraje de Bonanza transcurría viento en popa para los Merchaca. El problema de la depreciación del mango no había sido sino transitorio y, en consecuencia, apenas se sintió el desequilibrio en la economía del hogar. Sin embargo, la temporada de cosecha de esta fruta llegó pronto a su fin, imponiendo como siempre la necesidad de suplir la falta de este ingreso por la venta de otros productos que, ventajosamente, existía en abundancia. Era lo habitual.

Por añadidura, en esta ocasión, como efecto de la prolongada sequía que venía sufriendo la costa, los productos de Yunguilla fueron requeridos con afanosa urgencia hasta en los lugares donde normalmente se abastecían con lo que generaba su propio suelo. Debido a esta circunstancia el precio de las frutas de la localidad se había elevado notablemente, beneficiando a sus agricultores. Por tanto, la familia Merchaca contaba ahora con ingresos suficientes hasta para darse el lujo de incurrir en gastos superfluos. Por ejemplo, el viejo receptor de radio Philips, que funcionaba aún como si lo hubiesen adquirido apenas el día anterior, fue desdeñosamente desplazado por otro nuevo, de mayor tamaño, de color y diseño mucho más atractivos. Lo propio ocurrió con la guitarra de Jacaranda, sonora como ninguna otra y sin un solo rasguño en su barnizado, a pesar de los años que tenía. De la manera más ingrata fue dada de baja y suspendida de un clavo ubicado en el rincón menos visible de la casa, para ser substituida por una nipona de

marca *Yamaha*. Wenceslao, sintiéndose un creso con su buena racha, no se detenía en gastos y, si no se hubiese opuesto con firmeza su mujer, hubiera adquirido incluso un receptor de televisión, no obstante que en el sector donde moraban no existía señal de canal alguno. Pero no encontró resistencia cuando orientó su peculio a la adquisición de otros artículos de innegable provecho para el hogar, aunque también se le pasó la mano al efectuar esta gestión, obteniéndolos en cantidad mayor de la necesaria.

—Pero ¡si esto es un absurdo despilfarro! —se escandalizó Jacaranda cuando vio que los objetos recién adquiridos por su esposo no se reducían a lo estrictamente indispensable— Quizá la compra simultánea de tres o cuatro paquetes de fósforos o de cigarrillos se explicaría fácilmente, ya que su contenido no tarda en convertirse en humo. Pero el hacerse de tres juegos de vajilla y otro tanto de ollas a la vez, no significa sino emplear de forma inadecuada el dinero que cuesta tanto sacrificio el juntarlo. ¿Qué sucederá cuando no lo tengamos con que afrontar una emergencia?

—¿Por qué preocuparnos en retenerlo algo que se hizo para disfrutarlo, mujer? —respondió Wenceslao sin inmutarse por la inconformidad manifiesta de su media naranja— ¡Pues observa, esposa mía, cómo relucen las flamantes ollas y la vajilla, qué el sólo mirarlas da gusto, y que decir de la perspectiva de valernos de ellas para preparar y servir los alimentos! Por lo demás, era hora ya de renovar los trastos viejos que deprimen el ánimo con su deteriorada presencia. En cuanto a la decisión de comprar varias a la vez, en vez de una sola, obedece únicamente a mi aguzado sentido de prevención. Así, en el futuro ya no tendremos que molestarnos en adquirir estos objetos, ¿no lo crees así?

Jacaranda, tomando con resignación el repentino desprendimiento de Wenceslao, que hasta entonces había sido partidario a rajatabla del ahorro y enemigo de soltar un céntimo sino fuera realmente imprescindible, renunció a continuar con sus escenas de protesta. Reflexionó que, de vez en cuando, todo el mundo abandona la cordura para asombrarnos con algún inusitado disparate. Por tanto, ¿por qué iba a ser la excepción su marido? Supuso, además, que bien pudo haberlo obrado así, basándose en la constante y desmesurada elevación de los precios que, con efectos desfavorables para la economía, flagelaba en la actualidad al país.

Pero la prosperidad se detuvo cuando volvió a llover en la costa y, en consecuencia, los precios de los productos de Yunguilla fueron paulatinamente en descenso hasta detenerse en el nivel anterior, que era el normal y equitativo para todos, entendiéndose por todos tanto el productor como el consumidor. No obstante, nadie de esa zona se mostraba descontento, aceptando con sentido común que las buenas rachas resultan

siempre mucho más efímeras que las malas. Más bien muchos de ellos decían sentirse en deuda con San Pedro, que no había cerrado los grifos del cielo para Yunguilla, a pesar del estiaje general en esa época del año. Sólo Wenceslao Merchaca no compartía de ese criterio, esgrimiendo en su contra el arma del descontento. Argumentaba que los precios actuales no devengaban ni siquiera el coste empleado en la cosecha de la fruta y mucho menos el de su laborioso proceso de cultivo, y que de continuar ese estado de cosas, más le valdría dedicarse a otro oficio que no fuese el de chacarero.

Sus vecinos sonreían imaginándose que bromeaba. Sin embargo, Jacaranda sabía que su marido jamás había hablado más en serio que ahora. Su creciente apatía a la hora de concurrir al huerto y el desinterés gradual por el cuidado de sus vacas, motivo de orgullo hasta poco antes, fue la campanada de alarma que le hizo comprender que algo extraño acaecía en el comportamiento de Wenceslao. Porque no concebía que una persona adulta y estable pudiera de repente adoptar un comportamiento diametralmente opuesto al que le rigiera siempre, si por cierto lo estaba en su sano juicio. Aquella rara conducta observada últimamente en él, primero la contumacia por tirar el dinero en cosas innecesarias, luego la desidia por concurrir a la vega y pronto el descuido del rebaño, le convenció que se hallaba frente a un caso de demencia.

Temerosa de que el desequilibrio mental de su esposo, circunscrito de momento al despilfarro y a la indolencia, pudiese derivar hacia manías realmente peligrosas que pusieran en peligro la seguridad de sus hijas y la suya propia, intentó convencerlo de que debía visitar al médico, aunque sin conseguirlo jamás.

—No estoy enfermo —argüía el presunto demente, negándose a admitir como buena la sugerencia de su mujer—, pues sólo que he llegado a la conclusión de que el trabajo no contribuye a mejorar las cosas. En otras palabras, que el trabajo es un esfuerzo inútil.

Cuando Jacaranda escuchó de su marido esta sui géneris sentencia, ya no dudó acerca del mal que le aquejaba. Pensó que él se había vuelto loco de remate. En adelante procuraría evitarle, en prevención de que cualquier tema de conversación pudiese degenerar en violenta discusión. Entonces, en vista de que las faenas de la granja se hallaban abandonadas, contrató los exiguos servicios de un anciano jornalero, que poseía más voluntad que fuerzas, para tratar de remediarlas tanto como le fuera posible.

Los días pasaban sin que a Wenceslao se le diese por retornar a su estado normal, aunque, en honor a la verdad, aparte de haber renunciado definitivamente al trabajo, en lo demás no podía estar más cuerdo. Claro

que de vez en cuando se le veía meditabundo y hasta lagrimoso, como si fuera víctima de un hondo pesar o de alguna dolencia física intensa, pero reaccionaba pronto de manera positiva. Entonces jugaba con sus hijas y bromeaba con su mujer. También se divertía con *jalil*, su perro de ascendencia libanesa (según aseveraciones de su anterior dueño, un vendedor ambulante conocido como *El Turco*), obligándolo a bailar mientras le estimulaba tarareando su canción favorita: “*Chica linda*”, y palmoteando rítmicamente las manos.

Sin embargo, sus distracciones adquirieron visos de preocupación para la familia, cuando se le dio por visitar de tarde en tarde El Vergel, de donde regresaba por la noche impregnado de aroma de ron y de cigarro. Aficiones que nunca antes las había tenido. Para Jacaranda resultaba obvio que la enfermedad de su marido iba de mal a peor y, ante esta adversidad, sufría enormemente.

Los padres y hermanos de Wenceslao, conservándose aún dolidos por haberles defraudado en su común aspiración de verle convertido en doctor o al menos en licenciado, no quisieron inmiscuirse en las dificultades que atravesaba el hogar de su agnado. Consideraban que no merecía la mínima atención lo que pasara o dejase de pasar con éste y se mantenían quietos. No obstante, cuando el anciano jornalero, aduciendo agudos dolores reumáticos, dejó de concurrir a la granja, el viejo Merchaca, a regañadientes se puso a cuidar de las vacas de su hijo, invocando que éstas no tenían culpa alguna para que las hubieran sometido a régimen de permanente ayuno, preámbulo de una muerte segura por inanición. Además, todas las mañanas aparecía con un jarrón de leche, recién ordeñada de la vaca azul (el pelaje de ésta era tan oscuro que parecía azul), para que, aún calentita, bebieran sus nietas. Decía que la leche de vaca o cabra negra prevenía del resfriado y hasta de la tuberculosis.

Las penas se revisten de fría resignación cuando el sufrimiento encallece corazón. En adelante es posible soportarlas sin concederlas demasiada atención. Así, poco a poco el peculiar comportamiento de Wenceslao fue tornándose en algo sin relevancia para Jacaranda y sus hijas. Pronto, el verlo bailar con *jalil*, su perro de ascendencia libanesa (según se decía), o ir a El Vergel con la guitarra bajo el brazo, para regresar indefectiblemente beodo y presto a profanar con su disonante voz aquel himno de los románticos ecuatorianos: “*Chica linda*”, no les causaba extrañeza.

Jacaranda, que jamás se había imaginado tamaña suerte para sí, veía marchitar sus ilusiones como las flores que en su esplendor han sido azotadas por el vendaval. La esperanza de poder educar a sus hijas como lo soñara siempre, se esfumaba a ojos vistas.

CAPITULO DIEZ

Wenceslao se descubre

Wenceslao, una noche, luego de haber consumido parte del día en la taberna en compañía de *El filósofo*, extraño personaje de creencias y hábitos muy particulares, y de otros fulanos, expertos en alzar el codo, apareció por su casa bastante más tarde que de costumbre. Venía también más bebido de lo habitual y expansivo como nunca. Situándose bajo la ventana de la alcoba de su esposa, cantó una melancólica canción modulada con verdaderos gruñidos caninos, provocando la ira de *jalil* que creyó verse ante uno de sus aborrecidos congéneres de la vecindad. A su vez Jacaranda, que se hallaba sumida en la densidad del primer sueño, se despertó sobresaltada por aquel escándalo que en un principio le pareció el fragor originado por una invasión de bárbaros.

“*Finalmente se ha vuelto loco de remate*”, se dijo, sintiendo temor por lo que podía suceder tanto a sus hijas como a sí misma. ¿Qué hacer en semejante trance? No se lo ocurría nada que no fuera negarse a franquearle la puerta. Pero cuando el nocturno y desafinado cantor, que venía haciendo caso omiso de los amenazantes gruñidos de *jalil*, se vio atacado a dentelladas por éste, sin pensar dos veces decidió prestarle auxilio. Armada de la tranca de la puerta hizo saber al agresor lo grave que representa el revelarse contra el amo de la casa. El iracundo *jalil*, en cuanto recibió algo así como media docena de palos en el lomo, desistió el ataque y más bien optó por huir con el rabo entre las piernas. Pero el daño que había ocasionado en su víctima era de aquellos que no podían pasar desapercibidos.

Wenceslao, como efecto del ataque de su ingrato can, resultó con heridas en ambas piernas y en el antebrazo derecho, además de que le estropeará la guitarra *Yamaha* de su mujer, que era la que le acompañaba cuando iba de parranda. Las heridas de las piernas se reducían a incisiones que, afortunadamente, parecían no haber interesado arteria alguna, ya que sangraban apenas. En cambio la del antebrazo, que presentaba un feo desgarre desde el codo hasta la muñeca, requería de inmediata y profesional atención. Mas la situación que atravesaba el matrimonio Merchaca no estaba como para esmerarse en recíprocas deferencias. No obstante, Jacaranda, que conocía del riesgo que entraña la mordedura de un perro que ataca de repente a su amo, puesto que presumiblemente adolece

de hidrofobia, puso en práctica lo mejor que de momento pudo haber hecho en favor de su consorte: limpiarle las heridas con aguardiente y vendarlas cuidadosamente. En cuanto amaneciera ya vería la manera de llevarle al médico.

El herido, sin proferir la menor queja ni esbozar el mínimo gesto de dolor, se sometió y soportó aquel tormento que debió significarle el abrasador contacto del alcohol con su carne viva. Después de haber recibido auxilio, se dejó conducir dócilmente al lecho y se quedó dormido de inmediato, sin que ningún rictus alterase la serenidad de su hermoso y varonil rostro. Jacaranda, que lo veía entregado al sueño con esa seráfica tranquilidad que enseñoorea en los párvulos, no comprendía cómo alguien así pudo haberse degradado al deplorable estado de un bellaco. De repente se vio cautiva de la tristeza y, recordando lo feliz que había sido junto a él hasta hace poco, sintió miedo de la vida y lloró mucho.

Se despertó a la mañana siguiente cuando el astro rey había hecho su completa aparición, bañando en sus áureos rayos el exuberante valle de yunguilla, que vibraba de vida y de bullicio. A pesar de los sucesos desagradables que interrumpieron su sueño, se había vuelto a dormir profundamente. Sobresaltada por la violenta presencia de la luz solar, que le herían los ojos, saltó de la cama y se puso a llamar a sus hijas, temerosa de que llegaran tarde a la escuela.

—¡Rosaura, hija mía, levántate pronto, que es ya bastante tarde!
¡Mariela, Gina, levántense de inmediato! —Decía Jacaranda mientras iba presurosa de cama en cama de sus hijas—. ¡Oh Rosaura, date prisa, por favor, y ayúdame a peinar a tus hermanitas en tanto hiervo yo el agua de panela y caliente el motecillo para vuestro desayuno!

Preocupada en estos perentorios quehaceres, en ningún instante se acordó de su esposo. Sólo lo hizo cuando, luego de encaminar a las niñas a la escuela, entró en la habitación. Se extrañó de cómo había podido olvidarse de alguien con quien hacía vida común desde hacía casi trece años. Bueno, en su descargo adujo que de momento el agua no estaba como para bollos. Por tanto, sin experimentar el menor reproche por su olvido, se dirigió al lecho de Wenceslao, que lo había improvisado en un sofá de la sala, imaginándole aún durmiendo la mona a pierna suelta. Pero la cama se hallaba vacía y sus sábanas frías, señal de que su ocupante las hubiera abandonado mucho tiempo antes.

Este detalle sí que le preocupó y, sintiendo despertar la compasión entre ramalazos de angustia, visitó la casa de sus suegros, distante de la suya a sólo un tiro de piedra, desde luego no porque creyera encontrar allí a su marido, sino más bien para informarles de los sucesos lamentables

ocurridos en el transcurso de la noche pasada inmediata. Pero sus deudos, aunque escucharon con interés las incidencias del percance, no se mostraron dispuestos a mover un solo dedo para coadyuvar en la búsqueda del ausente. Su desafecta actitud dejaba patente la exclusión de todo sentimiento de adhesión hacia el hijo de ellos.

A ella no le causó extrañeza la indolencia de quienes, sordos al grito de la sangre, volvían las espaldas a la suerte corrida por uno de sus parientes. Por consiguiente, meditando en la gestión más a propósito que a continuación le correspondía emprender, retornó a su morada casi sin darse cuenta de lo que hacía. La desazón, surgiendo de una ominosa preocupación cada vez mayor, le atenazaba el corazón.

Agobiada por la congoja ingresó como un autómata a su habitación, que ahora se le antojaba más desolada que nunca. La ausencia inopinada del jefe del hogar, aunque a la ocasión reducido al deprimente estado de un orate, le laceraba el alma. Y como sucede a menudo, que la importancia de algo se nota sólo cuando se la pierde, los recuerdos de la niñez, recorriendo juntos los prados, en pos de las policromas mariposas o, en los huertos de la granja, recogiendo la fruta en sazón entre bromas y risas, afloraban radiantes en su mente.

Abrió con desgano la puerta de su casa y, de pronto, toda aquella sensación de dolor se trocó en eclosión de contento. Apoyado en el alféizar de la ventana, situada al fondo de la habitación, contemplando desde allí el paisaje que se dilataba hasta confundirse en lontananza, se encontraba Wenceslao, que al percibir el rumor de pasos, se volvió ansioso. Al descubrir a Jacaranda mirándole sorprendida desde el marco de la puerta, fue hacia ella con los brazos abiertos, deseoso de encerrarla en un vehemente abrazo. Sus ojos se iluminaban de esa melancólica luz que suscita la prolongada tristeza que se ha anidado en el corazón. Aún más, de aquella zafia actitud que había adoptado en los últimos tiempos, dándole el cariz de un misántropo, no quedaba vestigio.

—¡Mi tesoro, mi reina, cuanto te amo! —profería Wenceslao entre hondos suspiros mientras besaba reiteradamente las mejillas y la boca de su esposa, sintiendo que la emoción amagaba con dejarle estático— No sabes lo que daría yo por verte siempre feliz. Te aseguro que por ello no titubearía en dar la vida.

Jacaranda recibía atónita las caricias, sin decidirse a continuar admitiéndolas o a rechazarlas por temor a provocar en su marido imprevistas reacciones con cualquiera de sus potenciales acciones. En todo caso debía ir con tiento, puesto que en más de una ocasión había oído decir a gente experimentada que con los locos lo mejor era seguirles la corriente.

Por lo demás, aquella andanada de cálidos besos no le representaba someterse a sacrificio ninguno. Por el contrario, le complacía esta manifestación de afecto que refleja un breve momento de pasión entre dos personas. Y complacida del nuevo cariz que había tomado la locura de su marido, preferible al de indolencia que le había dominado hasta ahora, se dejó acariciar largamente sin oponerle resistencia.

Se hallaba sumergida en un mar de gratas sensaciones que le presentaba el mundo como un sitio hermoso para vivir, cuando, surgiendo como un negro nubarrón en el cielo de su dicha, se impuso el recuerdo de las tétricas escenas acaecidas en el transcurso de la noche anterior. Entonces vio con ansiedad como su efímera felicidad, que había tendido sus alas sobre el delicioso pénsil del éxtasis, se hundía estrepitosamente en el abismo de la ingrata realidad. Y, deshaciéndose del cerco que le aprisionaba, se puso a mirar el brazo de su consorte, que lo traía vendado y aromado a desinfectante.

—¿Cómo te encuentras, querido? —preguntó, en tanto que con vacilante mano examinaba el albo envoltorio, dando por sentado que la herida había sido atendida profesionalmente ya.

—Perfectamente, mi amor —profirió Wenceslao, restando importancia a sus dolencias. Y como para probar lo que afirmaba, intentó encerrarla nuevamente en el cerco de sus brazos.

—Vamos. Es suficiente por ahora, ¿no lo crees? —se defendió Jacaranda, resistiendo con energía el desborde amoroso de su esposo— Y bien, ¿qué es lo que te ha dicho el doctor? Pues sin duda su pronóstico será reservado mientras no sea reconocido *jalil*, ¿me equivoco?

El aludido dibujó en sus ojos una tenue sonrisa, quizá con la intención de ganar tiempo mientras su mente elaboraba una respuesta tranquilizadora, aunque terminó por decir la verdad, que le pareció lo sensato.

—Desde luego, mi tesoro. El doctor me ha dicho que, aunque de momento le era prematuro elaborar un diagnóstico sobre los efectos posteriores de las mordeduras, no obstante, según sus conocimientos académicos y los de su vasta experiencia en enfrentar casos de hidrofobia, nada de lo que ellas presentan le hacía pensar que estuviesen infectadas de este terrible mal.

Fue ahora Jacaranda quien le estrechó en sus brazos a su esposo, incapaz de poder sustraerse al contento que le producía la buena nueva. La posibilidad de que el repentino y furioso ataque del perro, hasta entonces sumiso y fiel, fuera la consecuencia de haberse infectado de rabia, le tenía preocupada desde el instante de haberse producido la agresión. Sin embargo, pese al favorable dictamen preliminar del facultativo, no se vería

tranquila hasta cuando *jalil* no fuese sometido a un riguroso examen. Y así se lo hizo saber.

—¡Qué ello no te aflija, mi tesoro! —le alentó Wenceslao— Pues el malvado perro ha sido ya sometido a las más rigurosas pruebas sin que demostraran ellas el menor indicio de enfermedad alguna.

—Pero ¡cómo! —se sorprendió Jacaranda, sin comprender en todo su alcance la explicación de su marido— ¿Acaso el doctor le ha examinado ya al desagradecido animal? ¿Es qué tuviste en realidad el buen sentido de llevártelo contigo?

—Por supuesto, mujer. Pues, que otra cosa debía haber hecho yo frente a la posibilidad de haber sido contagiado de una enfermedad que no admite tardanza en su medicación.

—¡Oh, Dios santo! ¿De modo qué no estas...qué no estás...—no se atrevía a pronunciar la palabra fatal y buscaba una sustituta que no le pareciera tan dura. Pero Wenceslao le ahorró ese trabajo yendo en su auxilio.

—¿Quieres decir: loco, demente, desquiciado, ido, orate...?

Jacaranda le miro aliviada, ateniéndose al apotegma que dice que el loco deja de estar loco cuando reconoce que está loco, si bien él no estaba reconociéndolo. Pero Wenceslao, aunque se hallaba lejos de ser un modelo de penetración, había podido darse perfecta cuenta de lo que su esposa había pensaba pero que se negaba a mencionarlo.

Jacaranda, visiblemente turbada, asintió con un leve movimiento vertical de cabeza. Le pareció impropio negarlo.

—Pero, mi reina, ¿qué te ha motivado a concebir cosa semejante? ¿Acaso el haber llegado a la conclusión de que el permanecer atado al agro en nada favorece a cristalizar la aspiración de conquistar una vida digna y sin demasiadas privaciones para mi hogar, es necesariamente signo de locura? Tú misma eres testigo de que luego de haberlo dedicado yo trece años de arduo trabajo a la granja, sin concederme un solo día de asueto, no han sido suficientes para acortar la mínima distancia entre la penuria y la prosperidad. Más todavía, cada vez la miseria se hace más evidente, encerrándonos en su patético cerco. El vivir uncido al yugo de la tierra, en este descarnado lugar de la patria, no representa sino claudicar a la esperanza de ver mejores días. Más nos hubiese valido deshacernos cuanto antes de ella y establecernos en otro sitio con mejores oportunidades.

La señora Merchaca, a la vez que se mantenía atenta a las furtivas miradas de su marido, escuchaba estupefacta las atribuladas palabras proferidas por éste, sin comprender adónde quería llegar. Si por un momento estuvo a punto de creerlo exento de una potencial confusión

mental, puesto que su exposición, aunque evidentemente equivocada, había sido hilada con orden y claridad, ahora temía haberse equivocado. Nunca antes le había oído renegar de la tierra que, en retribución a su sudor, le permitía vivir a expensas de su fertilidad. Nacido y crecido en el campo, sintiendo ser parte suya las ubérrimas y rumorosas plantas que se desarrollaban en su derredor y visto como amigo por el ganado que apacentaba, difícilmente hubiera deseado permutar el modo de vida por su voluntad. ¿Qué extraña causa le motivaba a adoptar aquella no menos extraña opinión? Pues bien, pronto la conocería Jacaranda.

—¿Qué es lo que sucede contigo? —le increpó, separándose con brusquedad de Wenceslao— ¿Es que de repente crees ver un erial en el terruño que, por su exuberante fertilidad ha sido comparado siempre con el Edén bíblico? ¿Acaso la abundancia de la cosecha de sus labrantíos no nos ha propiciado una vida digna y holgada sin que el fantasma del hambre haya rondado alguna vez nuestra casa? Ciertamente que no debes encontrarte en tus cabales para concebir semejante desatino.

Al fin había podido decir lo que pensaba de él sin que le importara las consecuencias que pudieran derivar de su nada cortés comentario. La proverbial paciencia por la cual se había caracterizado la señora de Merchaca quedó probada que no era invulnerable a los embates de la necedad ajena. Pero el aludido, lejos de acusar el golpe con visos de reacción adversa, imprimiendo en sus palabras cuidadosa suavidad no exenta de timidez, se propuso a defender su tesis enfocándola desde un punto de vista que evidentemente la dejaría dilucidada.

—¡Mujer! —susurró, acercándose a su consorte con ternura y timidez a la vez, pero sin atreverse a tocarla con un solo dedo. Luego, notándola aplacada en su oleaje de coraje, prosiguió con voz que poco a poco fue revistiéndose de firmeza—. Tienes y no tienes tú razón en lo que afirmas. No niego que la granja produzca para vivir, mejor dicho, para mal vivir. Pero el esfuerzo dedicado a ella malogra la posibilidad de alcanzar metas de prosperidad si se lo empleara en un quehacer realmente productivo. Y no hace falta decir que mi anhelo ha sido, es y será el de ver felices tanto a ti como a nuestra prole, proporcionándoles todas las comodidades que en justicia ustedes se merecen.

—A pesar de todo, si retornases a tomar las obligaciones a las cuales todo jefe de familia está obligado, volveríamos a disfrutar al menos de las modestas comodidades que hasta antes de tu desidia al trabajo habíamos disfrutado.

Wenceslao, ante la sola insinuación formulada por su esposa en el sentido de reconciliar con las labores de la granja, respingó como

asaeteado por el aguijón de una avispa. Olvidándose de la compostura de rigor que empleaba cuando se dirigía a Jacaranda, expresó con vehemencia:

—¡Protesto! —exclamó con frenética mirada— Pues no seré yo quien se deslome por un mendrugo. En adelante jamás me resignaré a consumir inútilmente la existencia en la despreciable ocupación de labrador. Antes me lanzaría de cabeza al río.

Jacaranda no le reconocía en su desborde de ansiedad al hombre que prácticamente había pasado la vida con ella. Confundida y al punto de estallar en llanto nada dijo.

—¡Qué quede bien claro que no volveré a arañar la tierra! —prosiguió con energía Merchaca—. Pues con ello, en el mejor de los casos, no viviríamos mejor que antes y toda esperanza de redención sería un sueño irrealizable. Me niego radical y definitivamente a continuar resignado a levantarme cada mañana a mirar con irreductible envidia la prosperidad que nuestros vecinos hacen alarde: mansiones principescas, coches del año en la puerta y dinero para gastar a manos llenas. ¡Demonios! Deploro en el alma mi absurda decisión de quedarme en casa a la espera de perecer de miseria, cuando mucho antes bien pude haberme marchado al extranjero para amasar allí una fabulosa fortuna como estilan nuestros paisanos que poseen sentido común.

De modo que era este el móvil que le impelía a Wenceslao, quien jamás se había distinguido por su fortaleza de carácter, a valerse de ridículos procedimientos. La dificultad que veía en poder confesar abiertamente a su esposa la ambición de viajar, que se había despertado en él con el ímpetu incontenible de una erupción volcánica, le había llevado a adoptar extrañas actitudes, seguro de que ellas habrían de allanar el camino por el cual pondría en marcha su proyecto. ¡Vaya infantil torpeza!

Tamaño descubrimiento, a pesar de sus nefastas implicaciones, no produjo en Jacaranda un golpe psicológico demoledor. Su ecuanimidad le valió para tomar la decepción con relativa calma. Sin embargo, le dejó anonadada. De manera que su enamorado y leal esposo, que le había mantenido convencida de que la razón de su existencia no eran otras que ella y sus hijas, resultaba a la postre tanto o peor que sus paisanos que no pensaban sino en levantar el vuelo sin que le importase sumir en la deleznable soledad a su familia. ¡Qué bien engañada le había tenido!

En adelante, no obstante que para sus hijas representaría una ignominia alejarles de su padre, le resultaría imposible convivir con un farsante que, mientras simulaba disfrutar de competa felicidad junto a ellas, aparentando nutrirse de la beatífica paz del hogar, dejaba que su pensamiento vagara

por ignotas regiones, detrás de excitantes y desconocidas aventuras.
¡Cielos!

Fue entonces cuando las palabras de su padre, surgiendo de las brumas del pasado, susurraron en su mente: *“Gracias a Dios —se ufanaba él pleno de optimismo—, mi hija podrá educarse como corresponde a una señorita de buena cuna y posteriormente, en posesión de una profesión digna y respetable, podrá ser útil a la patria además de constituir el orgullo de su familia. Esforzándose cada día por incrementar el acervo de sus conocimientos, no le será difícil conquistar un elevado sitio en la sociedad. Entonces no le hará falta entregarse a ningún aventurero, procedente de los Estados Unidos, en plan de regalarse con unas excitantes e inolvidables vacaciones en la tierra que la abandonó ignominiosamente. Pues bien, si se ha de casar algún día, que sea con alguien unido en cuerpo y espíritu al terruño, que jamás conciba la tentación de poner en riesgo la felicidad del hogar impelido por la ansiedad de verse convertido de la mañana a la tarde en un opulento ciudadano a costa de cruzar el Río Bravo. Y será amada y respetada por él hasta cuando la muerte los separe.”*

Desgraciadamente el anhelo de su padre, debido a su prematura y súbita muerte, no se vio cumplido. No le había sido posible “educarse como corresponde a una señorita de buena cuna”, ya que sus estudios se habían truncado cuando estuvo cerca de concluir la instrucción secundaria. Tampoco había podido ser útil a la patria ni constituirse en el orgullo de la familia, ni mucho menos había conseguido figurar en la alta sociedad. Por lo demás, si bien nunca cedió a las pretensiones de ningún *mojado*, acababa ahora mismo de revelar que el hombre a quien lo había elegido para compartir su vida, creyéndole incapaz de poner en riesgo la felicidad de su hogar y ligado férreamente al terruño, quizá nunca dejó de soñar con cruzar el Río Bravo. Claro, afincado en un entorno donde nadie piensa más que en huir, difícilmente podía Wenceslao Merchaca ser la excepción.

Lamentó mentalmente el frustrado sueño paterno, comprobando que el cifrar la esperanza en algo que está por venir, no era sino confiar en el albur. Felizmente su progenitor ya no estaba allí para avergonzarse de lo que más lo había detestado. Y con la certeza de que las mentes inmaduras dudosamente pueden ser susceptibles a la reflexión cuando caen víctimas de una obsesión arraigada, decidió concluyentemente que no lucharía contra corriente.

En adelante pasaría a formar parte del club de abandonadas, pero sin dejarse abatir por la nostalgia ni mucho menos protagonizar escenas de dramatismo. La perspectiva de ser abandonada deliberadamente por el ser

amado, cuando menos lo esperara, le afligía tanto como si éste se hallara en las garras de la muerte. Porque para el caso las dos ponencias conducían al mismo resultado: jamás volvería a verlo. Se lo advertía el corazón. Además, era lo que sucedía casi siempre con los esposos que anteponían el prurito de la expatriación al calor de su hogar.

—Pues bien, si estás decido a viajar contra viento y marea —profirió Jacaranda, sintiendo que el dolor se enroscaba en el corazón como una serpiente constrictora—, supongo que todo argumento en su contra será inútil, ¿verdad?

Wenceslao se mostraba cohibido, sin atreverse a mirar a los ojos de su mujer. Era indudable que la tarea de transparentar su plan le estaba resultando una labor complicada. Sintió de pronto que la ansiedad le oprimía el pecho cada vez con mayor severidad y tenía la impresión de que le giraba la cabeza como propulsada por los agudos dolores que acababan de presentarse en ella. Incapaz de articular palabra ni de mantenerse ecuánime, miró por un instante el trozo de labrantío que a través de la ventana proyectaba su natural belleza hacia él. Y sólo entonces consiguió responder, con un escueto “sí” la crucial pregunta de su esposa.

—Entonces sea como tú lo has decidido y cuanto antes lo lleves a la práctica mejor para todos —respondió Jacaranda para el alivio de Wenceslao.

Recordaba que Jesucristo, durante la última cena, con similar frase le había sugerido a uno de sus apóstoles, un tal Judas de Kraiot, a apresurar su traición. Además, a pesar de la ansiedad le que anonadaba, revistiéndose de estoica resignación, cooperó con el traidor para que cobrase cuanto antes el precio de su felonía. Se hallaba convencida de que el brillo de las treinta monedas de plata lo había obnubilado.

—Te aseguro, mi cielo, que todo lo hago por el bienestar de ti y de las niñas. Te prometo enviarte hasta el último centavo que gane en la *Yunay* —intentó Merchaca contentar a quien tenía el designio de abandonar, recobrando de pronto el don del habla y mostrándose pletórico de regocijo.

—Será entonces necesario conseguir dinero de inmediato —se dejó oír la mujer de Merchaca, con voz que carecía de matices—. Confío en que no faltará quien nos preste diez mil dólares, suma que estimo suficiente para sufragar los gastos que demandará el viaje.

—¡Claro!... ¡Claro!... —se apresuró en responder Wenceslao Merchaca, temeroso de que su mujer cambiase de parecer. Luego, sintiendo el prurito de pavonear, añadió—: Difícilmente habrá alguien que se nos atreva a negar este flaco servicio, puesto que a los Merchaca nos respetan y nos estiman aquí y en todas partes.

Ese mismo día, tan pronto como retornaron las hijas de ambos de la escuela, se trasladaron a El Vergel para tramitar las diligencias concernientes a aquel largo y azaroso viaje.

Visitaron primeramente a doña Sara Arellano, la bondadosa madrina de Jacaranda, confiados en que podrían con absoluta facilidad recabar de ella el préstamo monetario, ya que la creían forrada en dinero. Pero lo único que consiguieron fueron agrias reprimendas por lo que a la buena señora le parecía el mayor disparate que en su ya dilatada existencia acabara de escucharlo. Se despidieron de la anciana dama algo azorados, pero dispuestos a probar fortuna con alguien más avenible y presuntamente en óptimas relaciones con la prosperidad. Por tanto, luego de un corto diálogo, indispensable para elegir por consenso mutuo el nuevo candidato, encaminaron sus pasos a la Casa Parroquial, seguros de que el padre Alonso no desaprovecharía la oportunidad de incrementar su peculio con la abultada renta emanada del préstamo de unos cuantos miles de dólares. Se comentaba de este buen hombre al servicio de Dios, que, aunque con estudiada reticencia elaborada con el fin de conseguir un mejor beneficio por su dinero, terminaba por acceder a las súplicas del demandante. Mas esta vez, obrando de manera diferente a lo comentado, luego de obsequiarles con un prolongado sermón cargado de reproches y malos augurios, les despidió con las manos vacías. Esta vez los Merchaca se despidieron más iracundos que cohibidos, considerando que el santo varón se había ensañado gratuitamente con ellos. Creían que no hacía ni había derecho para tanto vejamen. Y sólo entonces, convencidos de que no tenían alternativa, pensaron en “*El Vampiro de El Vergel*”, que significaba entregarse a su voracidad atados de pies y manos.

El prestamista, vestido de leva de largos faldones y polainas, les recibió en su mansión poniendo cara de pocos amigos, aunque sin dejar de prodigar cínicas miradas a Jacaranda, que a su vez le retribuía con otras de franca repulsión.

—¡Ah, malvado “*Gato*”, con que deseas tumbarme nada más ni nada menos que con diez mil dólares! —se escandalizó don Tirso Monar en cuanto escuchó la aspiración de Wenceslao— Pero dime, muchacho, ¿con qué demonios piensas garantizar tu hipotética deuda? Por lo que sé, no tienes dónde caerte muerto. Ni siquiera la granja que trabajas es tuya. ¿Crees acaso que recojo yo la plata de bajo los árboles, como se haría con las hojas secas, para regalársela al primer necesitado que golpea la puerta de mi casa?

—No es para tanto, don Tirso, pues si bien no poseo bienes materiales con que garantizar el dinero que le solicito a usted, tengo en cambio

dignidad y buen nombre aparte de provenir de noble estirpe en la cual su sola palabra vale tanto o más que una escritura pública firmada ante un notario. ¿Se olvida, acaso, que soy un Merchaca? —respondió el aludido a la andanada de ultrajes disparados en su contra, procurando mantenerse sereno y permanecer ciego a la insolente actitud que el usurero se gastaba con su esposa.

—Vamos. ¡Que es lo que me dices, muchacho! —se rió de buena gana don Tirso— De qué me valdría tu palabra, tu buen nombre y tu pretendido abolengo, puesto que de ello no recuperaría mi dinero en caso de que tú no me lo restituyeras por las buenas.

Wenceslao, en su innata ingenuidad, se sorprendió enormemente de que su acervo moral fuera menospreciado como si se tratase de algo superfluo, y dolido en su orgullo, respondió:

—¿Le parece a usted poco los valores morales?

Por toda respuesta el “*Vampiro*” se puso a reír a mandíbula batiente, como si acabase de oír el chiste más ingenioso. Finalmente cesó de carcajear, pero manteniendo aún su talante burlón, profirió un despropósito:

—Mira “*Gato*”, la garantía que me ofreces no me sirve. Te lo he dicho ya. En cambio si me das por garantía a tu esposa, aquí presente, te lo acepto gustoso.

Al fin Wenceslao, por sangre de horchata que tuviese, pensó que su interlocutor había ido muy lejos con su desfachatez y, olvidándose que aun en aquella desagradable circunstancia debía conducirse con tiento, le faltó poco para abofetearle al insolente. Y sin duda que hubiese llegado a tal extremo si Jacaranda, previendo su intención, no le hubiera desviado hábilmente su atención hacia ella.

—Pongo en garantía mi granja, que vale por lo menos cinco veces más de la suma solicitada, ¿lo acepta usted, don Tirso? —manifestó sin disminuir su compostura.

Ambos hombres quedaron estupefactos al escuchar aquella frase mágica que contentaba por igual las ambiciones de cada uno de ellos.

—Lo acepto encantado, mi bella señora —exclamó feliz “*El Vampiro de El Vergel*”.

También Jacaranda se sintió aliviada, aunque presentía que con su generosidad acababa de arriesgar esposo, hacienda y tranquilidad.

Wenceslao se mostraba contento en grado sumo con el dinero en la mano, dando la impresión de que el vil metal lo era todo para él. Contaba y recontaba con fruición los asquerosos billetes de banco prestados por “*El Vampiro*” como si se los hubiesen regalado. Tal vez nunca se imaginó que

el haber contraído aquella deuda bajo condiciones onerosas y sin la evidencia de poder saldarla a corto plazo, lo había puesto en serio riesgo la seguridad económica de su familia, ya que el usurero no se andaría por las ramas el momento de pretender beneficiarse con los réditos de su inversión.

Durante el corto lapso que tardó en preparar el viaje no hablaba sino de la inmensa fortuna que amasaría en el fabuloso país del norte y de su futura posición social que le situaría a Jacaranda en el sitio de reina coronada y a sus hijas en el de auténticas princesas. Les aseguraba que haría construir un palacete con frontispicio de mármol, importado de la cantera de Carrara, que les hiciera ver a sus homónimos morlacos como miserables jacales; lo edificaría en lo alto de la colina del Capulí (hoy propiedad de los Gómez pero mañana con seguridad suya) para que lo pudieran mirar, rutilando como un colosal diamante, desde varios kilómetros a la redonda; a sus hijas les obsequiaría con sendos “Mercedes-Benz”, joyas y vestidos finos tanto para su comodidad y lujo como para despertar la admiración en sus coterráneos; emprenderían frecuentes viajes de recreo alrededor del mundo; figurarían en su itinerario París, Roma, Budapest, Londres y otras capitales de la anciana y decrepita pero aún atractiva Europa; serían admitidos en sus círculos sociales, cada una de las niñas cautivaría con su belleza a la nobleza y al mundillo artístico, aparecerían en la portada de las revistas, se divertirían a lo grande y todos serían felices.

Wenceslao parecía ahora otra persona de la que fuera antes de tener la certeza de poder viajar. Su talante enmarcado por la severa formalidad, que a menudo le hacía parecer como un individuo adusto y hasta hosco, lo había relegado para adoptar un expansivo humor. Se diría que había descubierto que la vida era una permanente fiesta. Finalmente, sin que lograra en ningún momento sustraerse de aquel delirio que le obnubilaba, una mañana, esbozando la más ancha sonrisa de complacencia que hasta entonces hubiera pincelado su rostro, dejó su hogar situado en el idílico paraje de Bonanza. Ni la desolada expresión de su esposa, lastimada por la ingratitud, ni la tristeza opresora que ensombrecía las caritas de sus hijas, fueron razones que impidieran la precipitada defección de quien no pensaba sino en llegar cuanto antes y a toda costa al opulento país del norte. La última visión que Jacaranda tuvo de él fue cuando a punto de ocultarse detrás del recodo del camino, sin interrumpir el paso, regresara la cabeza para mirarlas por última vez. Se encontraban en el patio de la casa y la distancia entre ellas y Wenceslao no era mucha, aunque lo suficiente como para presentar imprecisos los detalles de las expresiones faciales. Sin embargo, Jacaranda creyó notar los ojos del fugitivo inundados en llanto.

Así pues, aferrándose a esta suposición, trató de matizar con optimistas colores aquella vaga y fugaz imagen. Deseaba creer que en su esposo quedaba todavía un ápice de ternura, ya que admitir lo contrario no sería sino echarse en brazos de la devastadora frustración; arribar a la conclusión de que, durante tantos años de casados, no había compartido el hogar más que con un sandio que finalmente, seducido por un espejismo, no tenía embarazo en abandonar a su familia cuando más le necesitaba.

Deseaba recordar a Wenceslao como un hombre honesto, ecuánime y afectivo, empeñado siempre en fomentar la felicidad del hogar, y que sólo la malhadada ilusión de materializar sueños imposibles, le había conducido a tomar decisiones temerarias. ¡Cielos! Pero ¿quizá no fue ella misma la responsable de aquel desenlace al manifestarle en múltiples ocasiones su descontento por la imposibilidad de alcanzar, desde su aislamiento, horizontes que ofrecieran opciones de cambio? ¿Alguna vez, caso, no se había lamentado de su situación de humilde granjera, que le vedaba la oportunidad de poder coadyuvar, con su anhelo y esfuerzo, a la gran minga de elevar el nivel cultural de la sociedad? ¡Claro, si debía ser sincera consigo misma, debía reconocer que no siempre había dejado de pensar en voz alta sus aspiraciones y sueños a la sazón imposibles de lograr conmutarlos en realidad!

Pese a que había aprendido a amar y respetar a Wenceslao con la entereza de amante perfecta y de haber asumido la función de esposa irreproachable, que implicaba compartir solidaria placeres y sinsabores en el hogar establecido con él, se preguntaba a menudo: ¿cuál habría sido a la hora actual el sitio asignado a ella por la sociedad si, en vez de atenerse obsecuente a la orden de casarse presentada por su madre, hubiera tenido la fortaleza de rechazarla, dedicándose más bien a proseguir con su preparación académica? Por otra parte, exenta de todo rasgo de frivolidad, ya que en ella no tenían cabida los dobleces, se interrogaba sobre lo que habría sido su actual posición casada con uno de los dos malogrados militares. Ambos eran inteligentes, guapos, mimados por la diosa Fortuna y adscritos a una carrera prometedora que andando el tiempo podía haberlos situado por encima del promedio de los más esforzados e instruidos profesionales civiles cuando no como conductores de la patria mediante uno de los consabidos golpes de Estado frecuentes en nuestra *republic banana*. Suponía que cualquiera fuese la posición social y económica alcanzada por su hipotético esposo, habría sido también la suya. Además, dentro de estas elucubraciones que, más que evocaciones de lo que pudo haber sido y no fue, las tomaba como un simple ejercicio mental, no podía faltar el recuerdo del poeta Flavio Paredes Della Fonte, quien le

fascinara con su impresionante personalidad de hombre de mundo. Lo veía en sus remembranzas cada vez más cautivante y, ahora si, aureolado como los semidioses y los héroes legendarios.

CAPÍTULO ONCE

Desolación

Con el corazón triturado por el dolor y llevando por delante a sus hijas, dejó el patio de la casa y, tambaleándose como un ebrio, ascendió con dificultad la escalera que conducía hasta el pórtico. De inmediato, sintiéndose cada vez más desolada, se dirigió hacia su alcoba para derrumbarse inerte sobre el lecho. Tenía la mente confusa y las imágenes que le acudían en tropel, semejaban a las imprecisas sombras que proyecta el follaje vapuleado por el ventarrón. Aquella fantasmal visión no se detenía ni se definía, dando más bien la impresión de hallarse dotada de una loca animación. Fue entonces cuando tuvo la impresión de que estaba siendo succionada irremisiblemente hacia la nada, hacia ese pozo oscuro e insondable que origina la pérdida de conciencia. Pronto le abandonó toda presencia de sensaciones.

Cuando se liberó de aquel estado de postración, que no pudo conocer su duración, fue despejándose la mente hasta que al fin pudo coordinar las ideas. Entonces, recordando similares desvanecimientos que había sufrido en el pasado, como resultado colateral de obvios motivos, experimentó un estremecimiento de verdadero pánico acompañado de un lastimero y prolongado gemido que rasgó la dulce placidez de aquel hogar animado por caritas risueñas y vocecitas de almíbar. Para las niñas, que en conjunto se hallaban inmersas en la distracción brindada por el juego, el restallido de un trueno producido en sus mismos oídos no las hubiera causado más susto que el sollozo proveniente de la alcoba de su madre. En consecuencia, dejando caer súbitamente sus muñecas, se agolparon en torno de Jacaranda para inquirirla acerca de lo que ocurría.

—No me ocurre nada —trató Jacaranda de tranquilizar a sus hijas, procurando disfrazar con una forzada sonrisa el rictus de terror plasmado en su gracioso rostro—. No ha sido más una pesadilla. Afortunadamente pude despertarme pronto.

—¿Puedes decirnos en qué consistió ella? ¡Cuéntanos, mamá!

—¿Soñabas acaso que algo malo le sucedía a papá?

—¿Se caía el avión en que viajaba él?

—¡Oh niñas, nada de eso! ¿Pues cómo se les ha figurado tal cosa?

Además, el avión que abordará vuestro padre no partirá sino hasta mañana. Pues, niñas mías, soñaba con no sé que cosa horrible que, gracias a Dios, al despertarme se ha esfumado sin dejar rastro. Ahora, por favor, permítanme descansar un rato más.

Dejaron las niñas el aposento de su madre, tranquilizadas con su explicación, para reanudar el juego con sus muñecas. Pese al vacío abierto por la flamante ausencia de su progenitor, no parecían haber perdido el entusiasmo por el esparcimiento. Por lo demás, no tenían motivo aparente para sentirse compungidas ni mucho menos, ya que las doradas promesas que les había formulado Wenceslao no eran precisamente como para someter el ánimo al yugo del pesimismo. Verse convertidas tanto o más que en princesas reales, en disfrute pleno de todas sus prerrogativas, en cuanto empezaran a recibir las sacas de dólares, les situaba en una envidiable perspectiva.

No obstante, Jacaranda se hallaba lejos de poder encontrar el reposo deseado manteniéndose encerrada en las cuatro paredes de su cámara, que en su actual estado anímico el aislamiento empezaba a tornarse en torturante claustrofobia. Se levantó apenas le dejaron sus hijas y, dándose cuenta de que agonizaba el día entre resplandores que incendiaban el poniente, se encaminó a la cocina para elaborar la cena. Era posible que el bálsamo de la actividad amainara la preocupación que le pesaba como una montaña. Y ciertamente, la nueva preocupación adoptada amainó en algo la tensión de la primera, aunque no la anuló.

Poco después feneció definitivamente el día, franqueando la puerta cósmica para la libre irrupción de los astros noctámbulos, que, en cuanto se instalaran en la bóveda celeste, empezaron a lucir tímidamente primero y con decidida intensidad luego. El bruno cielo se mostraba sembrado de estrellas que, como nunca, las más celebres de ellas se habían dado cita en número infinito. Si bien, Selene no honraba aún el firmamento con su majestuosa presencia, Marte no había podido ser más puntual a la hora en que Febo, fatigado de brillar enérgicamente durante el día, se acogía a su habitual retiro. Luciendo su rojo y lustroso atavío, el dios de la guerra navegaba en el sereno mar de la naciente noche tan bajo que daba la impresión de que se podría alcanzarlo con sólo estirar el brazo hacia él. Ciertamente la noche se presentaba espléndida. Mas Jacaranda, inmovible a la contemplación que era su natural inclinación, la desestimó.

Tan pronto como terminara de servir la cena a las niñas y luego de encargar a la mayor de ellas llevar a la cama a sus hermanitas, fue a encerrarse en su cuarto, procediendo acto seguido a acostarse. Se sentía

cansada y tremendamente abrumada por todo lo que le había sucedido y lo que estaba por sucederle. Deseaba únicamente poder dormir rápido y profundamente para no continuar enfrentándose a la rigurosa realidad que se había propuesto ensañarse consigo. Pero recelaba que el sueño, impedido por la ansiedad dominante que le perseguía cual inclemente enemigo, tardase demasiado en acudir en su auxilio. Sin embargo, no hubo de esperar demasiado para que lo acogiera en su regazo.

Fin del tomo uno